

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 6, capítulo LIX

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
María del Carmen Berdejo Bravo

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 6, capítulo LIX

**Anotado y revisado por
María del Carmen Berdejo Bravo
(UAM Azcapotzalco)**

Capítulo LIX

**El gobierno francés muestra su
desagrado a Lorencez**

Junio y julio de 1862

CAPÍTULO LIX

EL GOBIERNO FRANCÉS MUESTRA SU DESAGRADO A LORENCEZ

Junio y Julio de 1862

Los documentos que incluye este capítulo, son por demás variados. Al llegar a Francia las noticias no oficiales del fracaso del ejército francés frente a Puebla y, sin esperar los informes de Lorencez y de Saligny, el ministro de Guerra escribe al general Lorencez una carta seca, cortante, en que se le anuncia que recibirá refuerzos, se le prohíbe intente marchar sobre México y, además, se le notifica que ha sido designado el general Forey como nuevo jefe del cuerpo expedicionario.

Porfirio Díaz, que se distingue por su actividad, es designado jefe de la división que había estado al mando del general de la Llave y Zaragoza, cumpliendo instrucciones del Presidente Juárez, le encarga interponga fuerzas entre Veracruz y Orizaba, cuidando también de proteger Jalapa y Perote.

En diaria comunicación, Zaragoza da variadas instrucciones a Ignacio Mejía quien, desde Puebla, se preocupa por avituallar al ejército de Oriente, atendiendo los angustiosos apremios del general en jefe. Además, es visible la confianza que le tiene, por lo que Zaragoza lo considera su confidente y, a distancia, dialoga y comenta muchas ocurrencias.

El estado de Chiapas, gobernado por Ángel A. Corzo, no obstante haber recibido instrucciones del gobierno federal de que sólo enviara recursos pecuniarios en la lucha contra el invasor, con fervor patriótico manda adicionalmente un contingente de 600 plazas que Juárez se apresura a agradecer en carta personal.

En los Estados Unidos, los senadores examinan el tratado del préstamo concertado el 6 de abril y, finalmente, resuelven aplazar indefinidamente cualquier resolución para no ofender a Francia pese a que, en privado, muestran simpatía por la lucha de México.

El gobernador de Chihuahua, Luis Terrazas, preparó con gran interés un contingente que puso al mando del señor Manuel Maya y lo envió al centro del país. Poco después de penetrar al estado de Durango, en Palo Chino, se sublevó descontento con los jefes. Terrazas alcanzó a la tropa y logró dominarla, si bien algunos se separaron poniéndose a las órdenes del general Patoni, gobernador de Durango.

Almonte expulsa del país a Félix Zuloaga, José María Cobos, Benavides y otros, y se preocupa por ratificar la orden, recomendando fueran reembarcados si pretendían regresar.

Zaragoza, muy satisfecho, informa sobre la actividad de las fuerzas nacionales que en la zona de Alvarado, Medellín y Boca del Río estaban hostilizando a los invasores.

Al iniciarse julio, oficialmente el emperador Napoleón III, por conducto del ministro de Guerra, notifica a Lorencez su descontento en forma dura y categórica; el ministro de Marina, con diplomacia, le recuerda que carece de facultades para conceder ascensos provisionales.

El ministro de Guerra, con notorio espíritu de cuerpo, presenta al emperador una nota defendiendo con discreción a Lorencez, ante los informes tendenciosos de Saligny.

Personalmente, Napoleón III formula unas instrucciones para el general Forey en que elogia a Saligny y señala cinco puntos concretos en su política en México. En este documento muestra su hostilidad a la expansión de los Estados Unidos y la necesidad de poner "un dique infranqueable a los avances de los Estados Unidos". Con franqueza precisa su política en América, no sólo respecto a México. Concluye en una posdata limitando las facultades de Saligny y, de hecho, poniéndolo a las órdenes de Forey.

El embajador británico en París, con cuidadosa oportunidad, está constantemente informando a su gobierno de los preparativos militares,

de los contingentes y sus movilizaciones. Se reproducen varios de esos informes tomados del Archivo General de la Gran Bretaña.

Leonardo Márquez recibe la orden de proteger un convoy francés, frente a la actividad de los guerrilleros. No obstante que la distancia entre Potrero y Chiquihuite es sólo de 8 km. toma muy en serio el encargo y adopta una serie de precauciones y responsabiliza al general Feliciano Liceaga, al confiarle el mando directo de la escolta.

El gobierno español envía instrucciones al señor Cevallos, representante extraoficial en México, recomendándole que únicamente reciba las notas del gobierno mexicano, sin discutir y menos resolver.

En medio de esta tensa situación, Zaragoza y Lorencez se guardan recíprocas cortesías, al llevar a cabo canjes de prisioneros sin formalidades y sobre la base de buena fe. Se reproduce en copia facsimilar una carta muy gentil del general francés a Zaragoza.

La correspondencia de Zaragoza muestra cómo la situación de penuria y escasez llega a límites increíbles. Al regresar a México la madre de Zaragoza y su tierna hijita, el ejército no tiene dinero disponible para que se alimente la escolta que las acompaña.

Muere el 17 de julio una pequeña hija de Juárez, lo que obliga a Margarita, su esposa, pedir a las Juntas de Caridad de Orizaba y Jalapa la releven, por ahora, de los trabajos que ha estado realizando para reunir fondos de auxilio a los hospitales de sangre del ejército de Oriente.

También por esos días recibe otro golpe Margarita: su hermano Antonio muere, seguramente por enfermedad, en la ciudad de Oaxaca.

En la Huasteca y en la costa de Barlovento, los patriotas veracruzanos están activos, logrando recuperar Tuxpan.

Desde Jamaica, a la sombra de Santa Anna, en Saint Thomas, José María Cobos lanza el 20 de julio un largo manifiesto en que, atacando a Almonte, hace historia de su actuación con posterioridad a la derrota de Jalatlaco. Relata una serie de pormenores sobre las pugnas, rencillas y celos entre los jefes conservadores. Concluye mostrándose hostil a la intervención extranjera.

Zuloaga, también desde La Habana, dio a conocer el 1º de agosto un manifiesto en que pretende justificar su conducta a partir de "el

desastre de Calpulalpan"; para concluir declarándose contra la intervención y arremeter contra Almonte y Márquez.

Se reproducen estos documentos, porque permiten conocer los interiores de la intriga de los conservadores y muestran cómo no sólo su actitud ideológica, sino mezquinos intereses personales, campeaban en sus pugnas.

El general Patoni, al mando de la brigada de Durango y los 400 hombres de Chihuahua que encabeza Maya, llega a Zacatecas y desde ahí escribe angustiosamente a Juárez, pidiéndole recursos pecuniarios y víveres a lo largo de su ruta, camino a la Ciudad de México.

López Uraga, hombre de difícil trato, continúa creando problemas en Jalisco. El gobernador Pedro Ogazón recurre a Juárez contándole en lo personal lo que ocurre y pidiéndole intervenga "para que en Jalisco se afianzara la paz".

Armand Montluc, cónsul de México en París, celoso servidor de la causa de México, enterado que el general Forey está por salir a México, lo busca y logra sostener un dramático diálogo, en el que Forey anticipa la conducta que más tarde seguirá con Almonte.

DOCUMENTOS

Junio y Julio de 1862

EL GENERAL DÍAZ ES NOMBRADO
EN JEFE DE LA DIVISIÓN LLAVE

Cuartel general en Acatzingo, a 25 de junio de 1862

Ciudadano ministro de la Guerra
México

Hoy digo al ciudadano general Porfirio Díaz:

Teniendo que pasar a la capital de la República el ciudadano general Ignacio de la Llave en jefe de la división de su nombre a desempeñar asuntos del servicio nacional, este cuartel general ha tenido a bien nombrar a usted general en jefe de aquella división de la que se recibirá desde luego que llegue a Jalapa para donde emprenderá su marcha con la brigada de su mando, la cual quedará formando parte de la división mencionada y segregada en consecuencia de la que manda el ciudadano general Berriozábal. Por separado se comunicarán a usted las instrucciones convenientes, facultándosele también para que se proporcione recursos, según la autorización que tiene de este cuartel general y se había transmitido al ciudadano general (de la) Llave.

Y lo transcribo a usted para conocimiento del ciudadano presidente, manifestándole a la vez que positivamente me ha causado un grave embarazo cubrir la vacante del ciudadano general Ignacio de la Llave, con especialidad cuando ha ocurrido precisamente en los momentos en que sus servicios se hacían muy interesantes en el estado de

Veracruz que, según las noticias que circulan, se proponen invadir los enemigos por la línea de Jalapa.

Libertad y Reforma.

Ignacio Zaragoza

LORENCEZ ES SUSTITUIDO
POR FOREY

París, a 29 de junio de 1862

Al general de Lorencez

Mi querido general:

Le confío este despacho al jefe de escuadrón de Estado Mayor d'Ornant, que va a embarcarse en el *Forfait* para dirigirse a Veracruz. Allí se pondrá en comunicación con usted y me hará saber la situación en que usted se encuentra.

Desde su carta del 29 de abril no he recibido ninguna noticia de usted y no estamos al corriente del combate librado por su vanguardia bajo los muros de Puebla, si no es por los periódicos que vienen de México.

No obstante, sin aguardar más, por el último correo le aviso a usted que el emperador, no queriendo que la obra emprendida en México por sus armas quede inconclusa, me había ordenado que formara un cuerpo de 15,000 hombres que serían enviados a Veracruz.

Según numerosos informes, fidedignos por su concordancia, no se pueden conducir activamente las operaciones militares sino después de la temporada de lluvias y se indica el 1º de octubre como el momento favorable para el comienzo. Será entonces cuando las tropas anunciadas desembarcarán en Veracruz.

Terminantemente el emperador le prohíbe que intente una marcha sobre México antes que lleguen dichas tropas. Una revolución realizada

en un pueblo [...] ¹ de sus instrucciones generales sólo podría librarlo de esta prohibición [...], una vanguardia compuesta de dos batallones del 1º regimiento de zuavos, bajo el comando del coronel Brincourt y de un escuadrón del 1º de cazadores de África, de 160 caballos, con 35 carros para el transporte de víveres y 120 mulas de ambulancia, se embarca en este momento para ir a encontrarlo a usted.

Estas tropas se dirigen hacia la Martinica; allí harán escala y aguardarán para dirigirse a Veracruz a que usted disponga de ellas, si el comandante d'Ornant puede recibir sus instrucciones. Solamente el comandante de la estación naval, de acuerdo con el conocimiento que tenga del estado general de las cosas, hará saber al mismo oficial superior si él debe dirigirlas.

El *Forfait* ha sido puesto a disposición del comandante d'Ornant para el cumplimiento de esta misión.

En la incertidumbre en que nos encontramos acerca de la situación política del país y de la intensidad de la fiebre amarilla a lo largo del litoral, ha parecido prudente no desembarcar dichas tropas sino hasta después de haber recogido los informes que puedan aclarar la utilidad y la oportunidad del desembarco.

Es de notarse, por otra parte, que precediendo el *Forfait* la partida de los buques cargados de tropa y no teniendo necesidad de hacer una escala tan prolongada para renovar el aprovisionamiento de agua y carbón, la llegada de las tropas a Veracruz, en todo caso, no se retardaría sino muy pocos días.

Como el cuerpo expedicionario ha tomado una importancia superior a las proporciones primitivas, el emperador ha juzgado conveniente confiarle el comando al general Forey; usted no debe ver en esta determinación de su majestad nada que lo haga pensar que sus servicios no son apreciados como lo merecen y, por otra parte, el emperador ha querido darle a usted directamente un testimonio más valioso para usted que todo lo que yo podría decirle al respecto.

¹ Los puntos suspensivos indican palabras ilegibles.

Estoy autorizado para hacerle saber al general Douay, que en la nueva organización del cuerpo expedicionario no serán olvidados los títulos, ni los de los otros oficiales que tuvieron el mérito de ser los primeros en pisar esa lejana tierra, que por ellos se ha abierto para ensanchar más y más el teatro de una gloria nueva para nuestras armas.

Ministro de la Guerra

MOVIMIENTOS DE TROPAS
HACIA SAN ANDRÉS CHALCHICOMULA

Acatzingo, junio 29 de 1862

Señor Presidente don Benito Juárez
México

Estimado amigo y señor:

Precisamente una de las instrucciones que lleva el general Díaz, es la indicación de usted respecto a interponer de Veracruz a Orizaba una tropa lo menos de 1,000 hombres, dejando cubierto a Perote y Jalapa con tropas de Oaxaca. Este movimiento es indispensable y nos dará un buen y brillante resultado.

Me dice Berriozábal que el enemigo se mueve con 4,000 hombres hacia San Andrés, no lo creo; sin embargo, en este momento me muevo hacia aquel punto con 2,000 hombres en auxilio de Berriozábal; le daré a usted cuenta con el resultado.

Sabía por mis exploradores que se intentaba un movimiento de los traidores sobre Huatusco; pero muy bien puede ser que hayan cambiado de plan y sea ahora para San Andrés. El hambre aconseja muchas cosas.

Mucho se dice que los jarocho han quitado últimamente 300 mulas al enemigo y aun se asegura que han fusilado al traidor Gálvez.

Sin otra cosa por ahora, soy como siempre su afectísimo amigo y servidor.

Ignacio Zaragoza

A más no haber, propuse a usted a aquel ciudadano para el encargo vacante. Tengo la misma idea de usted. Ya veré yo qué hago en este caso.

ZARAGOZA RECONOCIDO
A LA EFICACIA DE IGNACIO MEJÍA

Acatzingo, julio 1º de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Le estoy muy agradecido por la eficacia con que se sirve obsequiar la multitud de molestias con que lo abrumo; mas, cuando la patria los exige, todos reconocerán el gran servicio que usted le presta.

Ya está despachado el oficial que usted mandó para Tehuacán a recibir los reemplazos que vienen para la brigada de Oaxaca que está en Puebla y esté usted seguro de que no encontrará obstáculo ninguno en el cumplimiento de su comisión. Ayer volví de San Andrés sin novedad, pues las noticias que se habían divulgado resultaron del todo falsas.

El batallón de Zacapoaxtla se halla en cuadro y deseo mandarlo a aquel pueblo, en donde tengo noticia oficial de que existen reemplazos, en número considerable destinados a cubrir sus bajas, para que se le incorporen y vuelva a su destino; mas, para que el jefe que lo conduzca no encuentre obstáculo de ningún género, le he de merecer a usted me mande las órdenes que juzgue necesarias para que la autoridad local cumpla puntualmente.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

AUXILIO DE FUERZAS CHIAPANECAS
AL EJÉRCITO DE ORIENTE

México, julio 1º de 1862

Señor don Ángel A. Corzo
Chiapa

Estimado señor y amigo:

Contesto a usted su apreciable de 16 del pasado, felicitándolo por su nuevo ingreso al gobierno de ese estado.

Ya que a pesar de haber convenido en que Chiapas enviaría recursos pecuniarios al gobierno en vez del contingente de fuerzas, ha puesto en camino una sección de 600 plazas que viene a prestar sus servicios en el ejército de Oriente, espero seguirá dando pruebas del patriotismo que lo ha movido, enviando también cuantos recursos pueda a este gobierno, que tiene que contar con todas sus rentas federales y con los auxilios de los estados, para atender al numeroso ejército que defiende la dignidad del país.

Confío en que usted comprende la importancia de que nuestras fuerzas en campaña actualmente estén atendidas y en esta confianza me repito su amigo afectísimo q. b. s. m.

Benito Juárez

ROMERO LUCHA CONTRA INTRIGAS Y FUERZAS
INTERNACIONALES TRATANDO QUE EL SENADO
ESTADOUNIDENSE APRUEBE EL PRÉSTAMO A MÉXICO

Washington, julio 1º de 1862

Hoy tuvo la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, su reunión semanal de reglamento y en ella se ocupó del tratado de 6 de abril último.

Con anticipación había yo hablado a varios senadores y unos me habían asegurado, desde luego, que votarían por el tratado y otros, al poco que me manifestaban buenas disposiciones respecto de México, no me daban una respuesta categórica porque, según me decían, no habían leído todavía el tratado y la correspondencia a él adjunta.

El *Times* de New York de ayer publicó la carta y el editorial que remito, en contra del tratado; la primera fue escrita por Mr. Plumb y el segundo por Mr. Dumbar. Deseando neutralizar el efecto que tal publicación pudiera producir, fui anoche a ver a Mr. Sumner, presidente de la comisión y a otros senadores miembros de ella, a quienes dije que dos eran las objeciones que se hacían al tratado: la primera que era un negocio de Mr. Corwin, del que esperaba hacer su fortuna y la segunda que complicaría las relaciones de los Estados Unidos con la Francia. Respecto de la primera, dije que me parecía una calumnia que no tenía más objeto que predisponer la opinión pública contra el tratado, pero que para mayor seguridad, si el Senado lo creía conveniente, podía enmendarlo poniéndole una cláusula en que se previniera que ninguna parte del dinero que en él se conviene prestar a México se emplee en pagar reclamaciones atrasadas de ciudadanos de los Estados Unidos.

En cuanto a la segunda objeción, me esforcé cuanto pude por manifestar que el tratado no es hostil a la Francia, que tiene por objeto dar a México los recursos necesarios para que pueda satisfacer las

reclamaciones de los aliados, entre las que se cuentan las de Francia, cuya potencia podía aprovecharse del tratado si lo deseaba; que no habiendo declaración ninguna de guerra entre México y Francia, que hubiera sido debidamente notificada a los Estados Unidos, éstos estaban todavía en aptitud de auxiliar a México sin que la Francia pudiera considerar tal auxilio como un *casus belli* conforme al derecho de gentes. Manifesté además que el tratado produciría, desde luego, el efecto de desarmar a la Inglaterra y que, en el dinero que en él se estipulaba prestar a México, lo necesitábamos de la manera más imperiosa para conservar nuestra organización actual y que sin él, los males que se seguirían a México serían sin cuento y de los cuales precisamente se resentirían los Estados Unidos. Me extendí además en otras muchas consideraciones que no creo necesario referir aquí. Mr. Sumner, que fue quien estuvo más explícito conmigo, me dijo que deseaba auxiliar a México; pero si de tal auxilio resultaba alguna complicación con la Francia, se abstendría de prestarlo por la ley de propia conservación. Le supliqué, por último, que si la opinión de la mayoría de los miembros de la comisión estaba en contra, dejaran el asunto sin acuerdo ninguno, más bien que con uno desfavorable.

En la reunión que tuvo dicha comisión esta mañana, se discutió el asunto; se dijo que la aprobación del tratado sería un buen pretexto que aprovecharía la Francia para intervenir en los asuntos de este país y que no era conveniente darle ningún motivo, ni el más ligero. En esta virtud, se resolvió dejar el asunto pendiente para la sesión de la semana entrante.

Han ocurrido además dos sucesos importantes que hacen casi seguro que el tratado no se aprobará en las actuales sesiones del Congreso: el primero es un terrible desastre que las fuerzas de este gobierno han sufrido en las inmediaciones de Richmond y del cual hablaré a usted en nota separada cuando se tengan los pormenores y, el segundo, la noticia que se ha recibido de que el gobierno inglés rehusa aprobar el tratado de Sir Charles Wyke, precisamente porque en él se hacía referencia al concluido poco antes por Mr. Corwin, cuyo asunto será también objeto de nota separada.

Puedo asegurar a usted, pues, que a no ser que ocurriera algo muy extraordinario, como, por ejemplo, la toma de Richmond que por ahora es improbable, en el mes que falta para que el Congreso cierre sus sesiones, el tratado no sería aprobado por el Senado. En este caso procuraré que tampoco sea desechado y que se deje el asunto pendiente para las próximas sesiones del Congreso, que se abrirán el primer lunes de diciembre próximo. Entretanto yo no cesaré de trabajar en favor del tratado, aunque estoy casi seguro de que mis trabajos serán estériles.

Reproduzco a usted las seguridades de mi más distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

LOS SOLDADOS CHIHUAHUENSES
SE AMOTINAN EN PALO CHINO²

Chihuahua, julio 1º de 1862

Señor Presidente don Benito Juárez
México

Muy señor mío y de mi particular atención:

El gobernador ha vuelto ya de su expedición. Según el periódico oficial, sólo se perdieron 60 armas y se dispersaron 100 hombres; pero según las noticias que tenemos por muchas personas que se hallaron en el teatro de los sucesos, pasan de 100 las primeras y de 150 los segundos. Crea usted lo que le parezca.

Se dice que la caja no sufrió ningún desfalco; esto no es cierto, porque \$1,400 que iban separados en un carro, fueron despilfarrados en

² Un cuerpo de 500 plazas, organizado por el gobierno de Chihuahua con nombre de "batallón primero de Chihuahua" fue enviado en el mes mayo bajo el mando del coronel Manuel Maya, rumbo al centro del país para reforzar a las fuerzas que se enfrentaban a los franceses.

En la hacienda de Palo Chino, ya en territorio de Durango, se amotinaron los soldados al mando de los capitanes Ángel Trías, hijo y José P. Arellano, exigiendo cambios de jefes. El gobernador de Chihuahua, Luis Terrazas, se presentó, restableció el orden y sostuvo en el mando al coronel Maya. El batallón continuó su marcha agregándose a la brigada de Durango y se incorporó al ejército de Oriente en Puebla participando más tarde en la defensa de esa ciudad, sitiada por los franceses.

Los disidentes de Palo Chino se dirigieron a la ciudad de Durango, donde el gobernador Patoni los incorporó a la guardia nacional de esa entidad.

La carta firmada por el coronel Ignacio Orozco, examina estos hechos y en general la situación del estado de Chihuahua.

el acto del motín. Tampoco hay duda en que, después de separado el joven Trías, el señor Jaramillo, que era su segundo en el pronunciamiento, para poder conservar reunida la fuerza, tuvo que prodigar el dinero con profusión, porque de otro modo le habría sido imposible hacer permanecer aquella muchedumbre de hombres insubordinados que no reconocían ya ninguna legitimidad de mando en Jaramillo, a quien, por otra parte, no le quedaba más acción que la de la dádiva y la de las promesas.

Por fin se han reunido 425 hombres y con nuevos sacrificios han vuelto a poner en marcha, al mando del señor Maya, que ha sido la bandera del mal y el origen de infinitas discordias entre la fuerza, que ya sin esto, había expresado su resistencia para no ir a la campaña, causa porque se conducía desarmada una gran parte de ella; del mismo modo que se va haciendo actualmente. Es pues más que probable que no llegue a esa capital y que el estado de Chihuahua sólo tendrá una representación ridícula en la lucha que sostenemos contra el invasor extranjero.

Nosotros parece que estamos condenados a marchar por un sistema de errores, supuesto que en esta vez no nos ha ocurrido siquiera el medio de destruir los elementos de discordia que ya estallaron en el Palo Chino; al contrario, los hemos dejado en pie y quizá los hemos fomentado con volver a unir a hombres chocados entre sí, envilecidos y vejados los unos por los otros, después de haberse causado algunas desgracias. ¡Ojalá que esa fuercesita no se desbande y que los pequeños recursos que lleva no se pierdan del todo, como es muy de temerse! Sobre todo es de sentirse mucho el armamento.

Comienza a hablarse en esta capital de un nuevo contingente de 2,000 hombres. Yo no creo que sea imposible la reunión. ¿Pero podrá realizarse bajo los auspicios de un gobierno que ha caído en el más completo desprestigio? ¿Querrá el estado desprenderse de una parte considerable de su fortuna para entregarla a manos ineptas y tan incapaces que todo lo pierden, que todo lo precipitan, despreciando la opinión pública y aun los consejos de los mejores amigos de la patria? No hubo quien no predijera al señor Terrazas lo que le ha sucedido con el contingente; sus amigos, sus enemigos, las personas de su familia y hasta

los indiferentes, todos se lo anunciaron de la manera más seria y patente. Tal vez esos temores no sean más que el efecto de la impresión y que desde luego desaparecerá antes de muchos días, sin que se promueva cosa alguna; ya le informaré a usted.

En Chihuahua ha sobrado gente voluntaria y no han faltado hombres de antecedentes que se han hallado propuestos a apoyar al gobierno; pero por una desgracia casi inexplicable, se han desechado sus servicios y parece que ha habido la más recta intención de no ocupar a ninguno de aquéllos que las circunstancias hacen a propósito por su pericia e inteligencia. Esta conducta ha debilitado la acción del gobierno y ha muerto completamente el espíritu público. Yo entiendo que si el Poder Supremo de la nación no toma a su cargo los negocios del estado, Chihuahua no se representará en la escena sino como el verdadero paria, con injusto desdoro de su nombre y con gran detrimento de toda la nación.

Respecto a mí, quiero servir a mi patria; quiero sacrificarle, como en otra vez, mi vida y mi sangre, persuadido de que, si en esto cabe alguna satisfacción, ella sola me basta para quedar recompensado. Cuando nos despedimos, recuerdo haberseme dicho por usted, que un día premiaría el gobierno mis servicios y ahora le presento esta ocasión, asegurándole que quedará bien correspondido con que usted me saque de la inacción y me ponga en aptitud de volver a empuñar las armas en defensa de la patria. ¿Qué menos puedo pedirle a un gobierno que se interesa por el bien de sus comitentes? Si yo no contara con las simpatías del estado, ni con la seguridad de hacer que se represente dignamente, ya me habría marchado solo a participar de los peligros y de la gloria que ha cabido en suerte a mis compañeros de armas.

Aún no se tiene noticia del armamento que el señor Hierro fue a traer a las Californias y según parece no hay ni la menor esperanza de que venga. Creo que tengo derecho a que se me crea por usted, porque cuanto he vaticinado se ha cumplido del pie a la letra. El negocio que nos ocupa es extremadamente serio.

Bien puede ser que yo dé en impertinente a fuerza de proponerle a usted los medios que en mi concepto deben emplearse para que el estado

se utilice en la presente guerra, conforme a sus recursos y su situación particular; pero la patria me demanda esta tarea y prefiero lo primero a dejar de cumplir con ella.

A los señores (González) Ortega y Zaragoza les conviene, para sus combinaciones militares, estar al tanto de todos estos pormenores y le suplico, por lo mismo, se sirva consignarles mis cartas; si no le fuere fácil, instruirlos de otra manera.

En el entretanto me repito de usted muy atento y seguro servidor q.
b. s. m.

Ignacio Orozco

AL ENEMIGO INTERNO PUENTE DE PLATA,
PIENSA ALMONTE

José M. González
Consulado de España en Veracruz

El general don Juan Nepomuceno Almonte, jefe supremo de la Nación Mexicana.

Número 1.- Concedo libre y seguro pasaporte al señor general don José María Cobos para salir de la República, con licencia por un año. Y ruego y encargo a las naciones amigas, no le pongan embarazo en su tránsito y, antes bien, le faciliten lo que pueda necesitar pagándolo por su justo precio.

Dado en Orizaba, a 27 de mayo de 1862.

Juan N. Almonte

Visto en este consulado para pasar a La Habana.
Veracruz, junio 1º de 1862.

Balbino Cortez
Cónsul de S. M.

ALMONTE DESTIERRA A ZULOAGA, COBOS
Y OTROS JEFES CONSERVADORES

Señor general de brigada don José M. Cobos

En oficio, fecha 9 de junio próximo pasado, dijo a esta comandancia general el subsecretario de la Guerra lo que sigue:

Dispone el excelentísimo señor general, jefe supremo de la Nación, que a los generales don Félix Zuloaga, don José M. Cobos, don Rafael Benavides, coronel don Casimiro Acebal y teniente coronel don Dionisio Galindo, que han sido expulsados fuera de la República, se les reembarque de nuevo, caso de que cualquiera de ellos intentase volver al territorio mexicano y, si después volviesen a tratar de desembarcar en él, se procederá contra ellos con el rigor que las leyes determinan.

Y lo transcribo a vuestra señoría para su conocimiento y, en contestación a su atenta nota de esta fecha, teniendo al mismo tiempo el honor de protestarle mi distinguida consideración.

Dios y Ley. Heroica Veracruz, julio 1º de 1862.

Tomás Marín

LOS INTERVENCIONISTAS QUEMAN BOCA DEL RÍO

Ciudadano ministro de la Guerra
México

Con fecha 12 del corriente me dice el ciudadano general Porfirio Díaz:

El ciudadano comandante militar de Alvarado, en oficio de 3 del corriente me dice, lo que copio:

El día 30 del mes próximo pasado, supe que el enemigo en número de 80 hombres de caballería, 50 infantes, había pasado a este lado de Boca del Río y que marchaba con dirección al llano de Toluca³ para proveerse de caballos y ganado. Al momento ordené al ciudadano Vicente Zamudio reunirse a la fuerza de caballería de su mando y me esperase en las Salinas para operar sobre el enemigo; en la noche del mismo día llegué a dicho punto con 100 hombres de esta guarnición y una pieza de artillería y aún vi la candilada producida por las casas del pueblo de Boca del Río que había incendiado el enemigo, salvándose de aquella catástrofe únicamente la iglesia.

El día 1º del presente, se me participó que el enemigo se encaminaba para el llano por la plaza de Boca del Río e inmediatamente marché al Plumaje, punto que creí a propósito para esperar al enemigo y, éste, noticioso quizá de mi movimiento, regresó tomando la dirección de Paso del Toro, a

³ En la obra de la que fue copiado este documento, se transcribió erróneamente Toluca, del documento original, debiendo ser Xoloca.

donde no llegó, contramarchando por el Cimarrón hasta Boca del Río, sin duda porque supo que había yo avanzado la caballería de Nandinga para encontrarlo, cuya fuerza hice volver para el Plumaje en donde pernocté esa noche y el enemigo en Boca del Río a cuatro leguas de distancia.

Finalmente ayer se fue el enemigo para Veracruz y, como se aproximó un vapor de guerra a la barra de este puerto, hice regresar para esta villa la infantería, dejando la caballería del llano a las órdenes del ciudadano Juan B. Zamudio para que, en combinación con las guerrillas que se encuentran por Medellín y Boca del Río, hostilizara el convoy que está para salir de Veracruz. El vapor de guerra continúa fondeado cerca de la barra, pero no ha hecho ningún movimiento hostil.

Y lo trasmito a usted para conocimiento del ciudadano presidente.

Libertad y Reforma. Cuartel general de Acatzingo, julio 1° de 1862.

Ignacio Zaragoza

ZARAGOZA CONSIDERA QUE LOS MINISTROS NO ESTÁN
PENDIENTES DE LAS NECESIDADES DEL EJÉRCITO

Acatzingo, julio 2 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Tiene usted mucha razón en todo lo que me manifiesta en su apreciable que contesto, pues ciertamente los señores ministros no están al tanto de nuestras necesidades, que usted comprende perfectamente y atiende en cuanto puede y, para aliviar en algo sus aflicciones, espero me diga usted qué cantidad pueda darle de la conducta que está en camino, teniendo presente que ésta sea la menor que sea posible.

Tendré cuidado de que a los piquetes y enfermos que hay en esa ciudad, se les mande los que les corresponde a prorrata.

Hoy ha salido un convoy de carros para traer víveres y suplico a usted los mande cargar cuanto antes.

Recuerdo a usted la remisión de mis sellos y le recomiendo también la construcción de los calderos de que hace algún tiempo le hablé; la recompostura de un carro de ambulancia que se me dice está descompuesto y la remisión de papel de sello de oficio para causas criminales y algunos sobres de oficio que no sean anchos, pues carezco de todos esos objetos.

Celebro mucho la completa derrota del traidor Buitrón, pues, en nuestras actuales circunstancias, el más leve golpe a los disidentes es un verdadero triunfo.

Haré lo posible por remitir a usted algún armamento, aunque para ello encontraré grandes dificultades.

Los ingenieros y útiles que vienen de México los detendrá usted en Puebla, mientras llega a dicha ciudad el coronel Colombres para que se tracen y continúen las fortificaciones de Puebla como conviene.

Infórmeme usted qué facultades tiene el proveedor de Teziutlán y de quién depende, para atenderlo, pues recuerdo que usted me encargó se le ministrase algún auxilio.

No ha ocurrido novedad alguna y, como siempre, me repito su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

EL MINISTRO DE GUERRA TRATA DE EXCULPAR
A LORENCEZ FRENTE A NAPOLEÓN

París, (a 3 de julio) de 1862⁴

(A su majestad ilustrísima Napoleón III)

Ayer cumplí con gran pena la orden que vuestra majestad [V. M.] me dio de testimoniarle al general Lorencez su descontento por la conducta que siguió frente a Puebla, al darle una dirección equivocada al ataque a esta ciudad. Este general se sentirá cruelmente afectado, en momentos en que acaso le sería necesario que lo alentaran, al recibir de su soberano, recientemente benévolo con él, una censura tan terminantemente formulada. Las explicaciones que él da en su informe, podrían discutirse empero y los errores que se le reprochan quizás se atenuarían si se quisieran tomar en consideración las dificultades de su marcha, ocasionadas por su pesado convoy, la preocupación constante que debía de embargarlo en lo que tocaba a hacer vivir sus tropas, a regular su aprovisionamiento de municiones, en fin, a asegurar sus comunicaciones.

Las críticas abundan cuando no se tiene éxito y en la guerra más de una vez sucede que lo que se creía que era lo mejor no siempre puede ejecutarse.

Cuando estas críticas provienen de militares fogueados adquieren peso y pueden causar menoscabo a la reputación de un general. Pero cuando ocurre, como en el caso presente, que la conducta que sigue en el campo de batalla un comandante en jefe es juzgada por hombres extraños

⁴ Minuta sin destinatario ni firma, seguramente dirigida a Napoleón III y presentada por el mariscal Randon, ministro de Guerra.

al ejército, que no tienen más propósito que dar pábulo a sus pasiones ¿será justo pronunciar un juicio severo?

El general de Lorencez no es el único a quien ataca el señor de Saligny; no deja mejor parado al almirante Jurien y alcanza al coronel Valazé y al Estado Mayor entero. Así hubiera podido incluir al general Douay, quien, desde Veracruz, señala esa deplorable tendencia a censurar al ejército y a quienes ejercen el comando.

Leyendo los despachos del señor de Saligny; examinando el valor de sus apreciaciones sobre la facilidad y oportunidad de una marcha sobre México con la débil columna que comandaba el almirante Jurien, el desprecio que afecta hacia las obligaciones impuestas por la insuficiencia de los medios de transporte; cuando expresa la opinión de que incluso después del fracaso frente a Puebla pudieron dejarse atrás la ciudad y las fuerzas mexicanas allí concentradas y continuar la marcha sobre México, nos permitimos sonreír y no tomar muy en serio los razonamientos que emplea para criticar las operaciones de las tropas que V. M. confió al general Lorencez.

¿Qué sería del general que consintiera en encargarse de un comando si sus movimientos, si sus menores acciones de guerra habían de ser juzgadas por un hombre que puesto cerca de él con una misión muy diferente se arrogaba el derecho de espiar, de escrutar su conducta, de denunciar sus actos? Semejante situación no tardaría en desacreditar al jefe a los ojos de sus soldados y, de allí a la catástrofe, no hay más que un paso.

La situación de México está bastante llena de dificultades y de embrollos para venir a complicarla todavía más con lamentables discusiones.

Todo lo que concierne al ejército, a la consideración que merecen sus jefes y al orden material y moral que debe reinar en sus filas, toca demasiado de cerca al servicio de V. M., para que yo no espere que me

perdonará que le haya dirigido observaciones que me dictaron mis convicciones y mi devoción.

(Ministro de Guerra)
(Mariscal Randon)

SE OBJETAN LOS ASCENSOS PROVISIONALES
CONCEDIDOS POR LORENCEZ

París, a 3 de julio de 1862

Señor general conde de Lorencez,
Comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México

General, usted me dio cuenta de que a continuación del asalto a la fortaleza de Guadalupe, delante de Puebla, habiéndose producido bajas bastante numerosas en las líneas del batallón de fusileros y del regimiento de infantería de Marina, usted había creído que debía hacer uso de los poderes que le daba el ordenamiento del 16 de marzo de 1838, para reconstruir inmediatamente los cuadros expidiendo nombramientos provisionales.

Aprecio los motivos poderosos que lo han guiado en esta importante situación, considerando principalmente las dificultades de todo género que el valeroso sacrificio de las tropas colocadas bajo su mando tenía que vencer.

No obstante, sin discutir el derecho que el ordenamiento antes citado podía darle para hacer cierto número de promociones en el ejército de tierra y, por asimilación, en la artillería y en la infantería de Marina que se rigen por las mismas leyes, permítame, general, hacerle notar que los mismos principios no podrían aplicarse sin graves inconvenientes al cuerpo de oficiales de navío, el cual tiene una organización completamente diferente de la del ejército.

En éste, efectivamente, los ascensos, usted lo sabe, tienen lugar, hasta cierto grado, por regimiento. En la Marina, al contrario, los ascensos se otorgan en conjunto a la totalidad del cuerpo.

No debo dejar que usted ignore que bajo ningunas circunstancias de guerra, ni en Crimea ni en China, concretamente, donde las fuerzas de mar y de tierra se encontraron durante largo tiempo en presencia del enemigo, ningún ascenso provisional a los puestos que habían quedado vacantes fue conferido a los oficiales de navío por el oficial general que ejercía el comando en jefe.

Usted promovió al grado de aspirante de 1ª clase al joven Bienaimé, aspirante de 2ª, cuya conducta le pareció merecer esa distinción.

Las disposiciones de la ley sobre el ascenso en la armada, no me permiten someter inmediatamente al emperador el nombramiento de que se trata; esta ley impone a los aspirantes de 2ª clase, independientemente del tiempo de servicio, la obligación de pasar un examen de capacidad, del cual ningún hecho de guerra podrá dispensarlos. Pero yo tendré a honra pedirle a S. M. que me permita presentarle esa proposición, después que el aspirante Bienaimé haya pasado su examen.

Entre los nombramientos que usted ha hecho, también se encuentra el de un voluntario al grado de aspirante de 2ª clase; ahora bien, la ley sobre el ascenso en la armada no autoriza en ningún caso esta promoción.

Sólo el emperador puede, pues, ante hechos absolutamente excepcionales cuyo alcance sólo él puede apreciar, ordenar la admisión de un voluntario en el cuerpo de la Marina. Hasta ahora S. M. ha hecho uso de esta alta facultad con reserva extremada y siempre para recompensar acciones brillantes.

Pero me apresuro a decirle a usted, general, después de exponerle estas consideraciones con el vivo deseo que siento de participar con todos los medios que están a mi alcance en la difícil y gloriosa tarea que le ha sido confiada, que mi intención es proponer inmediatamente al emperador, que confirme todos los nombramientos de oficiales de navío que usted ha hecho, los cuales, de acuerdo con las observaciones precedentes, yo no puedo considerar más que como proposiciones para el ascenso. Pero el aspirante de 2ª Bienaimé no tomará posesión de su grado sino hasta después de su examen.

Al mismo tiempo tendré el honor de someter a S. M. las proposiciones de ascenso y de promoción dentro de la legión de honor, que usted ha tenido a bien dirigirme, las cuales me han parecido más particularmente dignas de ser tomadas en consideración.

Además, a fin de conservarles las ventajas que hayan podido resultarles de los nombramientos provisionales expedidos por usted, los oficiales de navío serán objeto de un decreto anterior a aquél que tendría que ver con los que usted me ha propuesto.

Quiero decirle otra vez, general, que yo siempre me afanaré en demostrarle el interés y la solicitud que me inspira la noble y valerosa conducta del cuerpo expedicionario de México.

Reciba, general, la seguridad de mi consideración muy distinguida.

El ministro secretario de Estado
de la Marina y las Colonias

LAS TROPAS FRANCESAS
MANTIENEN VIVOS SUS ODIOS INTERNOS

Fontainebleau, Junio 29 de 1862

(Señor general Juan N. Almonte)
Mi querido general:

Hemos recibido la noticia del fracaso que han sufrido nuestras tropas cerca de Puebla; se trata de uno de esos incidentes que ocurren en la guerra y que no pesan en el fondo de las cosas.

Pero, lo que resulta deplorable es ver que a dos mil leguas de distancia de la patria, todas las disensiones y todos los odios se mantengan vivos como si estos no pudieran acarrear funestas consecuencias al punto de reducir el objetivo propuesto. Pero el emperador, gracias a Dios, desea mantener la balanza entre todos, y los nuevos refuerzos, así como el general Forey que comandará la expedición, asegurarán que el emperador no abandona las empresas cuando están comenzadas y que tanto el honor como el interés de Francia se hayan comprometido.

Por nuestra parte, lamentamos si a vuestro regreso hayan ocurrido hechos que puedan haberos herido y hacer difícil vuestra posición.

Espero recibir mejores noticias y estad persuadido que nuestro pensamiento está fijo constantemente en esta parte del mundo a la que tantos y tan diversos intereses nos unen.

Creed, mi querido general, en todos mis sentimientos.

Eugenia

INSTRUCCIONES IMPARTIDAS
POR EL EMPERADOR AL GENERAL FOREY

Fontainebleau, a 3 de julio de 1862

(General Ellie Frédéric Forey)

Mi querido general:

Al partir usted para México investido de poderes políticos y militares, creo que será conveniente hacerle saber lo que pienso.

No está en mis costumbres recordar los acontecimientos pasados para criticar a quien no ha tenido éxito. Si comienzo con tales alusiones, es porque el ejemplo de las faltas cometidas impedirá reincidir en lo porvenir y porque es parte de mis derechos y deberes distribuir; de acuerdo con mi convicción, la censura o el elogio.

Ignoro si el carácter privado del señor de Saligny deja algo que desear; ignoro las intemperancias de lenguaje que se le puedan reprochar; pero lo que sí sé y declaro sin ambages, es que desde el comienzo de la expedición de México, sus despachos se caracterizaron por el apego al buen sentido, al proceder y a la dignidad de Francia y no dudo que si no se hubieran seguido sus consejos ahora nuestra bandera no flotaría en México.

Se dice que ha engañado al gobierno respecto al verdadero estado de cosas que prevalece en México; por el contrario y me gusta reconocerlo, él siempre me ha dicho la verdad.

Jamás pretendió que la población mexicana fuera bastante entusiasta y bastante enérgica para marchar delante de nuestros soldados y desembarazarse ella misma del gobierno que la oprime; pero siempre sostuvo que una vez que penetráramos en el interior del país, encontraríamos allí poblaciones a las que seríamos simpáticos. Por

consiguiente, prueba de que él tenía razón es que después del resultado adverso del 5 de mayo, según veo en un informe del cónsul de Prusia en Puebla dirigido a su gobierno, la ciudad de Puebla se hallaba consternada; que al día siguiente de nuestro fracaso, triste y silenciosa, estaba lejos de participar de la alegría de las tropas mexicanas.

Yo sé por cartas escritas en la misma Puebla que más de 10 personas han sido fusiladas para intimidar a quienes, como ellas, quisieran hacer demostraciones en favor nuestro. Por 20 cartas venidas de México y que he visto con mis propios ojos -entre las cuales se encuentran el informe del ministro de Prusia y el del ministro de Bélgica- sé que antes del 5 de mayo el gobierno se hallaba sumido en estupor y que la población nos esperaba con impaciencia como a sus libertadores. Así, el general de Lorencez no fue engañado por los informes del señor de Saligny y del general Almonte, porque si hubiera tenido éxito en el ataque a Puebla, se habría realizado todo lo que estos señores le anunciaran.

No quiero culpar de su fracaso al general de Lorencez, todo el mundo puede equivocarse en la guerra; pero sí le reprocho que censure a quienes no lo merecen. Si hubiera triunfado en Guadalupe, con razón se habría atribuido todo el mérito; de igual modo, en el caso contrario debe cargar con toda la responsabilidad. Aparte de esto, yo no sabría elogiar como merece al general de Lorencez por la manera en que se ejecutó la retirada, por el cuidado que tuvo de los heridos y el orden que supo mantener en su columna embarazada por los carros.

He aquí ahora la línea de conducta que ha de seguir el general Forey:

1º- Hacer a su llegada una proclama cuyas ideas principales se le indicarán.

2º- Acoger con la benevolencia más grande al general Almonte y a todos los mexicanos que se le ofrecieren.

3º- No amparar la querella de ningún partido. Declarar que todo es provisional en tanto que la nación mexicana no se pronuncie. Mostrar gran deferencia hacia la religión pero, al mismo tiempo, dar seguridades a los poseedores de bienes nacionales.

4º- Abastecer a los soldados y armar, según sus modalidades, a las tropas mexicanas auxiliares; hacerlas desempeñar el papel principal en los combates.

5º- Mantener tanto entre nuestras tropas como entre las auxiliares la más severa disciplina. Reprimir vigorosamente todo acto, toda manifestación ofensiva para los mexicanos, pues es necesario no olvidar su carácter orgulloso y para el éxito de la empresa importa, ante todo, conciliar el ánimo de las poblaciones.

Al llegar a México, es de desearse que el general Almonte y las personas notables de todos los matices que hayan abrazado nuestra causa, convoquen, de acuerdo con las leyes mexicanas, a una asamblea que decidirá sobre la forma de gobierno y los destinos de México.

El general ayudará al nuevo poder a introducir en la administración y, sobre todo en las finanzas, ese orden cuyo mejor modelo es Francia. A este fin se enviarán al gobierno mexicano hombres capaces de secundar su nueva organización.

El objeto que se persigue no es imponer a los mexicanos una forma de gobierno que les fuera antipática, sino secundarlos en sus esfuerzos por establecer, según su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad y pueda garantizar a Francia la reparación de los agravios de que se queja.

Ni hace falta decir que si los mexicanos prefieren la monarquía, Francia se interesará en apoyarlos en este sentido y, en tal caso, el general podría indicar al archiduque Maximiliano como el candidato de Francia.

No faltará gente que le pregunte a usted por qué vamos a gastar hombres y dinero para poner a un príncipe austríaco en un trono. Dado el estado actual de la civilización del mundo, la prosperidad de América no le es indiferente a Europa, porque es ella quien alimenta nuestra industria y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no en que se apodere de todo el Golfo de México y a continuación domine las Antillas y la América del Sur y sea la única dispensadora de los productos del nuevo mundo. Dueña de México y por consiguiente de América Central y del

paso entre los dos mares, en América no habría más poder que el de los Estados Unidos.

Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si allí se constituye un gobierno por las armas de Francia, habremos puesto un dique infranqueable a los avances de los Estados Unidos; habremos mantenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y de las del in...⁵ España; habremos extendido nuestra benéfica influencia al centro de América y esa influencia irradiará al norte y al mediodía, abrirá cauces inmensos a nuestro comercio y proveerá de materias indispensables a nuestra industria.

En cuanto al príncipe que subiera al trono de México, siempre estaría forzado a obrar según los intereses de Francia, no por gratitud solamente, sino, sobre todo, porque los de su nuevo país estarían de acuerdo con los nuestros y no podría ni siquiera sostenerse sino mediante nuestra influencia.

Ahora, por consiguiente, nuestro honor militar comprometido, las exigencias de nuestra política, el interés de nuestra industria y nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar sobre México y plantar osadamente nuestra bandera y establecer ya sea una monarquía, si ésta no es incompatible con el sentimiento nacional del país, ya sea, por lo menos, un gobierno que prometa alguna estabilidad.

Tocante al aspecto militar, ni tengo que recordarle al general Forey que mientras más lejana es una expedición, más debe conducirse con una mezcla bien calculada de audacia y prudencia; es decir, que al pasar por donde no se tienen que vencer obstáculos materiales, se puede arriesgar la maniobra política y que, al contrario, donde hay fortificaciones es necesario actuar con la mayor circunspección. Un cañonazo en México es cien veces más valioso que en Francia. Lo que censuro absolutamente en el reciente caso de Puebla, es haber desperdiciado mil cañonazos en una posición y a una distancia en que la artillería no podía producir ningún efecto.

⁵ Ilegible en el manuscrito.

La gloria de un general no consiste solamente en el éxito, sino en los medios empleados para obtenerlo. Él economizará los esfuerzos de sus soldados; rodeará los obstáculos en vez de atacarlos de frente; por medio de sus maniobras, sabrá dividir las fuerzas del enemigo y, en consecuencia, acrecentará sus probabilidades, demostrará poseer cualidades superiores y justificará la confianza puesta en él.

Le recomiendo al general Forey que no tenga más de una línea de operaciones. Si él considera útil despejar el camino de Jalapa, en su lugar yo no lo haría sino después de haber llegado a Puebla, porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, permanecería en esta última ciudad y enviaría de allí una columna sobre Jalapa, lo que entonces abriría esos dos grandes caminos que conducen a Veracruz.

No obstante, si fiándose de informaciones, esta columna se arriesgara a ser detenida por el fuerte de Perote, convendría guardarse bien de hacer una expedición inútil y desentenderse del camino de Jalapa, que más tarde se abriría por sí mismo.

Yo creo que es perfectamente inútil poner sitio a Guadalupe y Loreto para apoderarse de Puebla. Durante las guerras civiles siempre ha tenido éxito el ataque por El Carmen y un ataque por medio de barricadas será mucho menos sangriento que el sitio de dichas lomas. Sin embargo, en este mismo tipo de ataque, probablemente no serían inútiles algunos trabajos de sitio y el empleo de fardos rellenos puede poner a las tropas, siquiera sea a las más expuestas, al abrigo de la fusilería.

Una vez que Puebla caiga en nuestro poder, esta ciudad debe convertirse en nuestro gran depósito y fuente de aprovisionamiento donde se establecerán hospitales.

Será de esencial importancia la construcción de un ferrocarril entre Veracruz y el pie de las montañas y ya me dirigí al cónsul de Francia en Nueva York para saber las condiciones en que podría construirlo un empresario americano.

El ministro de Negocios Extranjeros recibió de México, de un francés residente en esa capital, una memoria que me ha parecido tan bien hecha, tan conforme con nuestras ideas, tan llena de informaciones

útiles, que la he hecho imprimir para que sirva, hasta cierto punto, de norma de conducta al general Forey.

(Napoleón)⁶

Sobra decir que teniendo el general Forey todos los poderes, el señor de Saligny no debe sostener correspondencia con el ministro de Negocios Extranjeros, sino conforme a las órdenes del general. La situación del señor de Saligny frente al general Forey, debe ser la misma que la de un ministro jefe de legación frente a un embajador en un Congreso.

⁶ En el documento la palabra es ilegible, pero seguramente es el nombre de Napoleón.

PARTEN REFUERZOS
DE FRANCIA

París, julio 4 de 1862

Al conde de Russell

Señor:

Partieron rumbo a México los primeros refuerzos consistentes en 2,000 hombres; salieron de Argel anteayer y van directamente a Guadalupe donde permanecerán hasta que sean llamados.

El general Forey y el almirante Jurien de la Gravière, partirán a Veracruz por el paquete del 15 del presente. Se ha recomendado que el general Forey asuma el mando supremo en México tan pronto como sea posible.

El 1º del presente tuve el honor de informar telegráficamente a su excelencia [S. E.], que la fragata de guerra *Normandie* está preparada para el almirante Jurien, pero es evidente que no hará uso de ella.

Tengo el honor de ser, con profundo respeto, el más humilde y obediente servidor de S. E.⁷

(Henry Richard Charles Wellesley, Conde de) Cowley

⁷ Original en inglés.

ZARAGOZA OFRECE DAR VESTUARIO
A LAS TROPAS OAXAQUEÑAS

Acatzingo, julio 4 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

He recibido parte de los encargos que le tengo hechos y por ellos le doy las más expresivas gracias, así como por los socorros ministrados a Lara.

No olvide usted la absoluta necesidad que tengo de víveres y espero que seguirá usted auxiliándome con lo que pueda.

Si el gobierno cumple la promesa de mandar 100,000 pesos mensuales, nos sacará de grandes conflictos y usted puede contar seguramente con dos mil pesos en cada remisión, cuya suma he ordenado ya al comisario se entregue a usted de los caudales que vienen y debiéndola tomar desde luego que esté en Puebla; mas, suplico a usted haga la distribución de esa cantidad, para que la comisaría haga los cargos correspondientes.

Daré orden para que a los piquetes y enfermos que haya en esa ciudad, se les saquen y remitan los socorros que les correspondan en los prorrateos, recomendando a usted su buena inversión; pero, como serán escasos, confío en que usted seguirá atendiéndolos en lo posible.

No dude usted que lo tendré presente en el reparto del vestuario, pues ciertamente los hijos de Oaxaca son dignos de toda consideración; ojalá y pudiera también atenderlos con armamento, lo que se me dificulta sumamente por razones que antes le tengo explicadas.

Hoy llegará Colombres a esa ciudad y suplico a usted lo atienda en los trabajos importantes que va a emprender.

Oficialmente digo a usted que Gutiérrez pasó por el volcán con una gavilla de 30 o 40 hombres desde el 29 de junio y que la noticia de usted nos llegó tarde.

Hágame usted favor de mandarme lacre encarnado, contando siempre con el afecto de su amigo y compañero.

Recomiendo a usted al segundo ayudante de Salazar que va a curarse.

Ignacio Zaragoza

LEONARDO MÁRQUEZ EXTREMA PRECAUCIONES
PARA SERVIR A LOS FRANCESES

Córdoba, julio 6 de 1862

Señor general don Feliciano Liceaga

Mi estimado amigo:

Ayer le dije a usted y ahora le repito, que tengo el mayor empeño en que el convoy que los franceses nos encargan ahora, para conducirlo del Potrero al Chiquihuite, llegue con toda seguridad y, como no es más que legua y media o dos leguas lo que nuestra tropa tiene que cuidarlo, me daría mucha vergüenza que en tan corto terreno sucediese alguna desgracia. Esta es la razón porque quiero que vaya toda la fuerza que tiene usted en el Potrero, tanto los montados como los que tiene usted pie a tierra, que también pueden servir como infantes; que lleven sus armas cargadas y listas; sus exploradores y su guerrilla de vanguardia; sus exploradores también que cuiden los flancos por derecha e izquierda del camino; que la brigada vaya repartida en tres secciones, una a la cabeza de los carros, otra en el centro y otra en la retaguardia; que vaya también otra guerrilla, también 500 pasos o mil a retaguardia del convoy para cuidar cualquiera novedad que pudiera ocurrir por ese lado y, sobre todo, quiero que usted mismo se ponga a la cabeza de la fuerza y ejecute usted todas estas operaciones, porque en ella se interesa nuestro honor y el honor de las armas mexicanas.

Esté usted formado y listo sobre el camino con sus columnas, ya formadas sus guerrillas y sus exploradores todos listos, antes de que llegue el convoy para que inmediatamente que llegue al Potrero lo haga usted seguir, de manera que aproveche usted el tiempo para hacer

marchar del Potrero al Chiquihuite mientras que la tropa francesa que ha de ir de aquí con el convoy, toma su descanso en el Potrero antes de volverse para acá. Además, luego que reciba usted esta comunicación, ponga usted un oficio al comandante del Chiquihuite avisándole que usted le va a llevar el convoy, para que el destacamento del Atoyac esté pendiente de usted cuando se le ofrezca y, de este modo, usted cuenta con la garantía de tener a su frente y a la espalda tropas francesas que, como interesadas en el convoy, estarán pendientes de usted para auxiliarlo inmediatamente si fuere necesario, cuyo caso no llegará porque el camino está seguro.

Al llegar al Chiquihuite, me hará usted favor de entregar al comandante el adjunto pliego, el cual le recomiendo mucho porque es muy interesante.

Tomará usted informes del estado que guarda el convoy y se volverá usted al Potrero inmediatamente si es buena hora todavía y, si ya es tarde, puede usted pernoctar allí para regresar al día siguiente muy temprano; pero en esto lo dejo a usted en libertad para que haga lo que crea más conveniente, teniendo sólo presente los inconvenientes que tienen las marchas por la noche.

Luego que usted regrese al Potrero, tendrá la bondad de avisarme con noticia de cuanto haya ocurrido en su expedición y comunicándome, además, lo que haya sabido respecto al convoy pero, para no molestar la caballada en enviar una partida con ese pliego, puede usted pedir un mozo seguro a la hacienda que lo traiga.

No se le olvide a usted los encargos de que hablamos cuando estuvo usted aquí y tenga mucho cuidado respecto de lo que me dijo.

Contésteme usted la presente y disponga de su amigo que b. s. m.

Leonardo Márquez

ZARAGOZA DESEA CONTINÚE MEJÍA
COMO GOBERNADOR DE PUEBLA

Acatzingo, julio 7 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Se ha recibido el dinero que mandó el gobierno y ojalá y cumpla su promesa; también he recibido los encargos que me ha mandado.

En cuanto al asunto del préstamo impuesto al estado de Puebla, usted convendrá conmigo en que primero es comer que ser cristiano y que, por lo mismo, sin desconocer la justicia que asiste a los poblanos, a quienes oportunamente se atenderá, el ejército tiene necesidad de vivir y en estas circunstancias nadie puede excusarse de una contribución forzosa que envuelve la salvación de la patria.

Yo sentiría mucho la separación de usted del gobierno y comandancia militar de Puebla y, si el señor presidente pudiera pensar en otra persona para el de Veracruz, mucho lo estimaría.

Cuente usted siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

AMAHADAS INSTRUCCIONES DEL GOBIERNO ESPAÑOL
A LÓPEZ CEVALLOS

Señor secretario de la misión
extraordinaria destinada a México

Su majestad la reina se ha enterado del despacho de vuestra señoría número 33, fecha 27 de mayo último, en que da cuenta de la entrevista que en el mismo día había celebrado con el ministro de Relaciones Exteriores de esa República.

Es grato al gobierno de su majestad [S. M.] que se manifieste tan buena disposición a satisfacer sus justas reclamaciones pero, no estando roto el Convenio de Londres y deseando el gobierno de S. M. cumplir sus estipulaciones en cuanto de él dependa, no es posible negociar tratado alguno particular separándose de las naciones amigas que tomaron parte en una misma causa.

Vuestra señoría [V. S.] tendrá ya noticia de la resolución del gabinete británico de no ratificar el tratado celebrado con Mr. Wyke. El gobierno de S. M. Británica decidió, al principio, prestarle su sanción oficial, pero el examen detenido del tratado mismo le persuadió de que esta resolución no sería conveniente ni para México ni para la Gran Bretaña.

Al poner Sir John Crampton en mi conocimiento esta determinación, tuve el honor de manifestarle que no podía menos de merecer la más completa aprobación del gobierno de S. M., en cuya opinión ninguno de los tres gobiernos que firmaron el Convenio de Londres debía negociar separadamente con el establecido en esa república.

Ninguna nueva consideración ha venido a modificar la opinión del gobierno de la reina. Por más satisfactorios que pudieran ser los arreglos

que se hiciesen con el gobierno de México, por más que el gobierno de S. M. desee dar al pueblo mexicano testimonios repetidos del vivo interés con que mira su suerte y deseo de establecer relaciones íntimas sobre bases sólidas y duraderas, los vínculos que le unen con los gobiernos signatarios del Convenio de Londres le harían renunciar a toda ventaja particular para no infringir ninguna de sus cláusulas.

V. S., pues, deberá limitarse a recibir los documentos que se le entreguen, sin entrar ya en ninguna discusión acerca de su contenido cuando se refieran al arreglo de las diferencias que motivaron la expedición combinada.

De Real orden y por acuerdo del consejo de ministros, lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos indicados.

Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 7 de julio de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

DEBE CONTINUAR EL MINISTRO DE PRUSIA
A CARGO DE LA PROTECCIÓN
DE LOS ESPAÑOLES EN MÉXICO

Señor secretario de la misión
extraordinaria destinada a México

He dado cuenta a su majestad [S. M.] la reina, del despacho de vuestra señoría [V. S.], fecha 18 de mayo último, al que acompaña copias de las comunicaciones que han mediado entre el ministro de S. M. el rey de Prusia y V. S. y nota de los documentos que han pasado a su poder.

S. M. la reina se ha servido aprobar la contestación de V. S. pero, atendido el estado de las relaciones entre los gobiernos que firmaron el Convenio de Londres y el de México, el de S. M. cree que el ministro de Prusia no puede cesar en la protección oficial de los súbditos de la reina mientras no llegue el caso de establecer relaciones regulares con el de esa república.

V. S. debe continuar practicando las cuestiones oficiosas que sean necesarias para que sean aquéllos protegidos por las autoridades establecidas en ese territorio pero, si fuese en algún caso necesario formular protestas o reclamaciones de oficio, sólo el señor barón Wagner podrá formularlas, careciendo V. S. de una representación oficial.

Los servicios que V. S. ha prestado ya y continuará, sin duda, prestando en el desempeño de su encargo, serán de mucha utilidad para el gobierno de la reina y para sus súbditos, a quienes quiere prestar el más debido apoyo, pero, como V. S. reconoce, no debe ejecutar acto alguno que envuelva el reconocimiento del gobierno existente y la idea de la separación del Convenio de Londres, suspenso únicamente por circunstancias imprevistas.

V. S. continuará, por lo mismo, sus gestiones en los términos en que ha empezado a practicarlas, pero conviene que manifieste al señor ministro de Prusia que no ha llegado todavía el momento de que cese en la protección oficial que ha prestado a los súbditos de la reina, con un celo y con una inteligencia que el gobierno de S. M. sabe apreciar cumplidamente.

Permaneciendo V. S. en esa capital y procediendo como hasta aquí, evitará al señor ministro de Prusia molestias y trabajos que tal vez no podrá tomar sobre sí, atendidos los muchos negocios que sobre él pesarán. El acuerdo entre los dos será necesario para evitar hasta el más leve motivo de confusión en las gestiones que practiquen.

De Real orden y por acuerdo del consejo de ministros, lo digo a V. S. para su conocimiento y efectos indicados.

Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 7 de julio de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

EL SENADO ESTADOUNIDENSE DEJA
EL TRATADO DEL PRÉSTAMO "SOBRE LA MESA"

Washington, julio 8 de 1862

Al ministro de Relaciones Exteriores
México

Hoy tuvo su primera reunión semanal la comisión de Relaciones Exteriores del Senado. Antes de que se reuniera fui a ver a Mr. Sumner para preguntarle si pensaba continuar la discusión del tratado de Mr. Corwin y reiterarle mi súplica de que en caso de que no hubiera probabilidades de buen éxito, como no las hay, dejara el negocio pendiente para las próximas sesiones.

En la tarde fui al Capitolio para saber cuál había sido el resultado de las deliberaciones de la comisión. Mr. Sumner me dijo que después de considerar detenidamente el asunto, había convenido la comisión en que el tratado no era aceptable, porque la Francia lo consideraría como una medida hostil hacia ella y ocasionaría complicaciones que en el estado actual del país es conveniente evitar; pero que por consideración a México para el que se tenía las mejores disposiciones y a Mr. Corwin, no se desecharía el tratado, sino que se dejaría sin aprobarlo ni desaprobarlo.

En consecuencia de esto, la comisión convino en que Mr. Sumner escribiera un dictamen en que se proponga dejar el tratado sobre la mesa -*to lay the treaty in the table*-, que es un trámite especial que tiene el reglamento de debates del Congreso de los Estados Unidos y que equivale a dejar los negocios sobre que recae sin resolución ninguna, pudiendo después tomarse de nuevo en consideración por el voto de la mayoría de la Cámara.

Mañana o pasado presentará probablemente Mr. Sumner al Senado el dictamen de la referida comisión que será aprobado sin discusión por aquella Cámara, con lo cual quedará terminado por ahora este negocio.

Siento mucho este resultado que destruye los planes del Supremo Gobierno para proporcionarse recursos. Hice lo que pude por evitarlo, pero las circunstancias actuales que he manifestado a usted en varias notas son tales, que hacen casi imposible por ahora la aprobación del tratado.

Renuevo a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

HAY QUE COBRAR EN EFECTIVO
LA CONTRIBUCIÓN IMPUESTA EN PUEBLA

Acatzingo, julio 9 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Me parece que si admitimos créditos en pago de la última contribución decretada por el Supremo Gobierno, poco podrían ministrar entonces los habitantes del estado de Puebla, teniendo entonces que limitarnos a las ministraciones de estados lejanos, que indudablemente llegarán tarde para el ejército; usted ve que el resultado podría ser funesto y, por esta causa, he opinado diferente a lo que usted, no porque los ciudadanos de Puebla carezcan de justicia.

Ya doy orden al ciudadano general Álvarez para que reúna su brigada y con ella emprenda la persecución de los bandidos de la Malinche, pues ciertamente lo que ha pasado es muy escandaloso. Si puede obrar en combinación con otras fuerzas de los estados de Puebla y Tlaxcala, esto sería muy oportuno y, por lo mismo, recomiendo a usted la medida, por su parte, esperando que escriba al gobierno de Tlaxcala, a fin de que coopere con fuerzas de aquel estado a la persecución de los bandidos.

Me parece poco comedida la respuesta del señor Riva Palacio, pero ella es hija de la independencia indudablemente y no de una pasión innoble ni de una opinión extraviada.

Consérvese usted bueno y disponga del afecto de su amigo y
compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

EL GOBIERNO FEDERAL
COINCIDE CON ZARAGOZA

Acatzingo, julio 10 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Celebro que el gobierno esté de acuerdo con usted sobre el modo de cobrar la contribución en Puebla; yo ya estaré contento siempre que mis soldados tengan que comer.

Devuelvo a usted la carta de Riva Palacio que tengo en mi poder.

Agradezco a usted sus buenos oficios para con mi hermano y las noticias que me da de mi familia.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

CABALLEROSA CARTA
DE LORENCEZ A ZARAGOZA*

Orizaba, julio 11 de 1862

A su excelencia el general en jefe Zaragoza

Señor general:

S. E. ha tenido a bien enviarme bajo su palabra al señor Delsaux, jefe de escuadrón de artillería, bajo la condición de que yo le devolviera al señor Cañado, jefe de batallón, lo que hice inmediatamente. Unos días después, S. E. me ha enviado a Orizaba 13 prisioneros de guerra, de los cuales uno era oficial, y al día siguiente puse en libertad a 24 oficiales de su ejército. Hoy pongo en libertad al señor José Escalante, subteniente de ingenieros, restablecido ya de sus heridas y espero que el señor general en jefe Zaragoza deseará seguir los excelentes procedimientos establecidos al respecto, enviándome tres soldados y un oficial que me dicen están presos en Huatusco.

Sírvase usted aceptar, señor general, la expresión de mi más alta consideración.

Conde de Lorencez
General en Jefe

* La copia facsimilar del original en francés de este documento, aparece en la edición impresa en la página anterior a este documento.

ZARAGOZA CONTINÚA PENDIENTE
DE TODOS LOS FRENTE

Acatzingo, julio 13 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Por sus apreciables de 10, 11 y 12 del corriente, quedo impuesto de las operaciones que se han practicado sobre el Cerro de la Malinche y auxilio eficaz que prestan usted y el gobierno de Tlaxcala; ya he dado nuevas órdenes para que el general Álvarez continúe la persecución con más provecho y menos incomodidades.

Ya he manifestado a usted cuántas dificultades se me presentan para atenderlo con armamento; siempre lo tendré presente, así como también con respecto al vestuario.

Si los ingenieros no se arreglan, puede usted estar seguro de que yo los haré andar derechos.

Como mi llegada a Puebla y mi salida de aquella ciudad fueron muy violentas, no tuve el gusto de ver a usted.

Algo se dice sobre un encuentro de nuestras fuerzas con las del enemigo abajo de la Soledad; mas las noticias aún no se confirman de una manera positiva.

Oficialmente hablo a usted de las fuerzas de Aguascalientes y San Luis que han ido a trabajar a esa ciudad y espero que usted, con su patriotismo y actividad característica, se empeñe en facilitar a ambos cuerpos las raciones que necesiten para su rancho, pues de otra manera

no podrían vivir. Haré porque se manden a los piquetes y enfermos del hospital los prorratesos que les correspondan.

Como ningún aviso habían dado los distritos de Acatlán, Tepeji y Tecali sobre la remisión de reses de que usted me habla, tuve necesidad, porque ya no había carne para las tropas, de mandar a Carretero a traer reses; si él comete excesos, yo lo sabré escarmentar.

Ya se han dado las órdenes para que el comandante Herrasti quede prestando sus servicios al lado de usted.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero.

Ignacio Zaragoza

INSISTE ROMERO EN QUE EL ASUNTO DEL TRATADO
ESTÁ CONCLUIDO POR AHORA

Washington, julio 14 de 1862

Al ministro de Relaciones Exteriores
México

Tengo la honra de acusar recibo de la nota de usted número 367 de 26 de junio próximo pasado, a la que me acompaña usted copia del tratado celebrado con los Estados Unidos, recomendándome trabaje yo porque sea aprobado y autorizándome para que empeñe el crédito del gobierno por 30 o 40 mil pesos, para erogar los gastos que fuese necesario hacer para conseguir la aprobación.

Según comunico a usted en mi nota número 243, fecha de antier, este negocio está ya concluido por ahora. Si el Supremo Gobierno creyere conveniente prorrogar el plazo del tratado para que se someta de nuevo al Senado en sus próximas sesiones, sería muy conveniente que, con anticipación, enviara a esta legación lo necesario para poner casa y tener un lugar decente donde recibir a los senadores y otras personas de influencia y posibilidad de darles comidas y tertulias en que poder hablarles de los asuntos de México y prevenir favorablemente su juicio.

Por lo que respecta a lo pasado, no vi la necesidad de erogar ningún gasto, con excepción del que dejo mencionado y, tanto por ello como por los motivos que indiqué a usted en mi nota número 174 de 25 de mayo último, me abstuve de hacer ofertas. Mr. Allen, sin embargo, había prometido dar algunas sumas a diferentes personas, de una manera poco juiciosa en mi concepto, comprometiéndose a obtener del Supremo Gobierno la aprobación del gasto que debía hacerse con el dinero del

tratado cuando éste se aprobara. Como tal requisito no se cumplió, creo que tampoco Mr. Allen está obligado a cumplir sus ofertas.

Renuevo a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Dios, Libertad y Reforma.

Matías Romero

VISITAN A ZARAGOZA
SU MADRE Y SU HIJA

Acatzingo, julio 14 de 1862

Señor general don Ignacio Mejía

Estimado amigo y compañero:

Mañana sale de este punto la señora mi madre con mi chiquita, va escoltada con 20 y tantos hombres que manda el capitán Martínez, portador de la presente. No he podido darles sino 100 pesos, que apenas le bastan para tres días de socorros, hágame usted favor de facilitarles 200 que recogerá usted de la primera conducta que venga. Dispénseme usted esta nueva molestia; pero no tengo otra caja a que acudir si no es a usted.

Tuve el sentimiento de no ver a usted el día pasado que estuve en Puebla, le dejé a usted un recado con el señor don Fernando Ortega.

No quiero ser bueno, hace como 15 días que estoy malo del estómago y temo que concluya por disentería.

Aquí se habla mucho de renuncia del señor Doblado; de México nada me dicen, dígame usted algo si sabe.

Sírvase usted saludar de mi parte al señor Ortega y usted reciba el sincero afecto de su amigo y compañero.

Ignacio Zaragoza

He estado clueco en estos días que he tenido de visita a mi chiquita. Le hago a usted esta confidencia porque usted tiene hijos y los quiere como yo.

Ignacio Zaragoza

ESCANDALIZAN A ZARAGOZA
UNAS DESERCIONES

Acatzingo, julio 15 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Las raciones se me han agotado completamente y, por lo mismo, espero que haga usted todo empeño por dar algunas provisiones al ciudadano Luis Lara, que habrá llegado ya con un tren de Perote, además de las que traiga el capitán Garza.

El partido de Huauchinango no depende de la esfera de mis operaciones y aguardo también saber las órdenes que su jefe reciba del gobierno.

El general Negrete me ha comunicado la deserción escandalosa de los oficiales siguientes, que pertenecen al 2º batallón de Puebla: ciudadanos subteniente de la 1ª compañía, Sisto Arcos; teniente de la compañía de zapadores, Francisco Ortiz; capitán de la 1ª compañía, José María Guerrero y teniente de la misma, Francisco Cabrera. Tengo informes positivos fundados en graves sospechas de que esos oficiales se encuentran en Puebla y aunque sirven en los cuerpos que guarnecen esa plaza; yo desearía que esos oficiales fuesen aprehendidos y remitidos a este cuartel general para castigarlos con dignante.⁸

⁸ Seguramente quiso escribir condignamente.

Consérvese usted bueno y cuente con el afecto de su amigo y
compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

ZARAGOZA
CONTINÚA PIDIENDO PROVISIONES

Acatzingo, julio 16 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Doy a usted las más expresivas gracias por sus ofrecimientos, tanto en lo personal como en lo que concierne al servicio, no menos que por su eficacia en el cumplimiento de mis encargos.

Mucho agradeceré a usted que haga todo empeño por dar provisiones también a los carros de Barbadillo, pues si usted me abandona en este ramo, ciertamente no sabré qué hacer y, a propósito de este negocio, le manifestaré que por el decreto expedido en Perote o Jalapa y que asignaba cerca de 60,000 pesos en víveres y numerario al estado de Puebla, debe tener su cumplimiento y, por lo mismo, he de merecer de usted se imponga de él, para exigir al estado todo lo que le corresponde dar, en el concepto de que, si ya hubiere cubierto su asignación, siempre tendremos que pedirle provisiones por cuenta del mes que viene, o como un préstamo de amigos que oportunamente se le pagará.

Devuelvo a usted la carta que me adjuntó a su apreciable fecha de ayer y me repito como siempre afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

LA GRAN BRETAÑA EN ASUNTOS DE DINERO
ACTUARA POR SEPARADO

Foreign Office, julio 17 de 1862

Sir Charles Wyke

Señor:

Refiriéndome a su despacho número 77, de fecha 5 del pasado, el gobierno de su majestad [S. M.] queda enterado que ha instruido a Mr. Eneas Gifford respecto a que, en cualquier divergencia que surgiera en la aduana de Veracruz, los representantes de Gran Bretaña. Francia y España obrarán por separado, según lo convenido con el gobierno de México.⁹

(John Russell)

⁹ Original en inglés.

LA ESPOSA DE JUÁREZ DA CUENTA
SOBRE EL MANEJO DE DONATIVOS

México, julio 17 de 1862

Señores redactores del *Siglo Diez y Nueve*

Muy señores míos:

He de merecer a ustedes se sirvan dar lugar en las columnas de su apreciable periódico, a la adjunta comunicación, que he dirigido a las señoras que forman las sociedades de caridad de Orizaba y Jalapa, así como a la distribución hecha de los donativos colectados en numerario y en efectos, para auxiliar los hospitales de sangre del Ejército de Oriente.

Me anticipo a dar a ustedes las gracias por este favor, que está segura de recibir su atenta servidora q. b. ss. mm.

Margarita Maza de Juárez

LA SEÑORA JUÁREZ SE EXCUSA
DE CONTINUAR COLECTANDO DONATIVOS

Señoras presidenta y secretarias
de las juntas de Caridad de Orizaba y Jalapa

Tengo la honra de remitir a ustedes en copia, la cuenta de los donativos que en su mayor parte he recaudado en unión de las señoras doña Luisa Elorriaga de Zarco y doña Luciana Arrazola de Baz, esperando que ustedes se servirán aprobar la inversión que se ha dado a dichos donativos.

Cuidados de familia¹⁰ me impiden continuar desempeñando, con la eficacia que conviene, la honrosa comisión que ustedes tuvieron la bondad de conferirme, por lo que les suplico se dignen exonerarme de ella por ahora, aceptado las gracias más expresivas que les doy por la confianza que me han dispensado.

Reitero a ustedes mi distinguida consideración y aprecio.

Libertad y Reforma. México, julio 17 de 1862.

Margarita Maza de Juárez

¹⁰ Estuvo grave y finalmente murió una de sus hijas.

LA CABALLERÍA DEL GENERAL
ANTONIO ÁLVAREZ ES LA ÚNICA DISPONIBLE

Acatzingo, julio 18 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Obró usted con mucha cordura, al manifestar al señor Moreno que no era posible destinar a la comandancia militar de Tlaxcala al ciudadano general Antonio Álvarez, porque ciertamente la brigada que él manda es la única caballería regular que existe en este cuerpo de ejército. Yo no sé qué hacer con el asunto de los víveres, pues de México me escriben que usted me ha de proporcionar los que necesite, mientras el gobierno arregla el modo de adquirirlos de otro modo.

Aún no puedo resolverle a usted sobre el vestuario, porque no sé el que trae el señor Ortiz; sólo se me dice que conduce alguno construido especialmente para la artillería; sin embargo, cuando examine la clase de dicho vestuario verá lo que puede darle su afectísimo amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

MUERE UNA HIJA DE JUÁREZ

Puebla, julio 19 de 1862

Señor don Benito Juárez
México

Muy señor mío y amigo:

He visto en el *Siglo Diez y Nueve* la desgracia que ha tenido en su familia con la muerte de una chiquita, por lo que acompaño a usted y a toda la familia en su sentimiento, haciéndolo usted así presente pues sabe cuanto lo aprecia su amigo q. b. s. m.

Renato Zamacona

SALEN DE FRANCIA FUERTES CONTINGENTES
DE REFUERZO PARA MÉXICO

París, julio 15 de 1862

Al honorable William Grey

Señor:

Los transportes se encuentran ya preparados y están listos para embarcarse 20,000 hombres y 2,000 caballos, que será necesario enviar antes de septiembre.

Los navíos de alto bordo *Eylan* e *Imperial* se han hecho a la vela con 1,500 zuavos procedentes de Argel y se dirigen directamente a Veracruz sin desembarcar antes en la Martinica como inicialmente se había ordenado.

Los navíos están provistos solamente de 10 cañones y la mitad de su tripulación. Cada uno está condicionado para llevar de 70 a 100 caballos que serán embarcados en los puertos del Atlántico.

Existe alguna ansiedad respecto a los piratas americanos que pudieran interceptar a los navíos desarmados y pretendieran canjearlos por provisiones y pertrechos.

He sabido de buena fuente que la fragata blindada *Normandie* no ha sido enviada a México en viaje de prueba, sino para prevenir alguna eventualidad que pudiera surgir entre el gobierno de los Estados Unidos y el de Francia.

Tengo el honor de ser el más humilde y obediente servidor de su excelencia.¹¹

E. llore

¹¹ Original en inglés.

NAPOLEÓN CONCEDE
AUDIENCIA A FOREY

París, julio 20 de 1862

Al conde Russell

Señor:

El emperador ha concedido audiencia al general Forey, para despedirlo antes de partir a México a tomar el mando de las fuerzas francesas.

Se ha dispuesto que el general Forey se embarque en el *Turenne* en lugar de hacerlo en el *Normandie*, llevando consigo un escuadrón de húsares y un batallón de cazadores. El almirante Jurien no acompañará al general Forey y se hará a la vela en el *Normandie*, antes que el mencionado general, tan pronto este navío esté listo para zarpar.

Soy el más humilde y obediente servidor de su excelencia.¹²

William Grey

¹² Original en inglés.

LAS FUERZAS NACIONALES
RECOBRAN TUXPAN

Papantla, julio 20 de 1862

Señor general José Juan de Landero

Mi apreciable jefe y señor:

Con sorpresa me he impuesto por la favorecida de usted del 15, que recibí por el extraordinario venido de esa ciudad, que hasta esa fecha nada sabía usted de los últimos acontecimientos de Tuxpan, cosa que he extrañado porque desde el 15 por la mañana que tuve la primera noticia de haber sido dicho puerto recuperado por las fuerzas del gobierno, lo avisé violentamente a la comandancia general por la vía de Nautla, dando también el parte igualmente al señor Perdomo a Tulancingo, en la noche la repetí por la estafeta a la comandancia general y la reiteré por último el 15 con un extraordinario que mandé directamente a usted.

Al recibo de ésta creo que debe usted estar bien enterado de mis comunicaciones; a ellas tengo poco que agregar pues lo único que me escribió Lara de Tuxpan, el 15 que había allí reunidos sobre 1,000 hombres, y que un gran vapor sin duda francés se había presentado en esa fecha sobre la barra de Tamiahua.¹³

Como ha terminado felizmente en Tuxpan, he creído necesario el aumento de fuerzas de aquí pues las de Chinantepec se retiraron, por lo mismo de Temapache. Por la propia causa juzgo hasta excusado que se moleste en bajar el señor general Moreno, como ya se habrá usted

¹³ Confuso en el manuscrito, seguramente escribió Tamiahua para relacionar esa albufera con la barra de Tanhuijo.

impuesto, por la que le escribí ayer por el correo; fue muy hermoso el aspecto imponente que tomó uniformemente toda la costa de Barlovento y aun la Huasteca para volar sobre Tuxpan contra los bandidos que la asaltaron.

El señor Perdomo creo que anda por Nautla y a ese punto le he mandado el pliego que trajo el extraordinario para él. Toda la demás correspondencia que condujo ha sido violentamente despachada a sus destinos.

De Tecolutla han desaparecido completamente las lenguas sospechosas que se habían presentado.

Queda de usted con la mayor atención muy afectísimo seguro y obediente servidor que b. s. m.

Lázaro Muñoz

COBOS, DESDE JAMAICA, DENUNCIA
SUCIAS MANIOBRAS DE LEONARDO MÁRQUEZ

José María Cobos,
general de brigada del ejército mexicano,
a la Nación:

De intento me había abstenido de llamar la atención del público con la relación de los hechos que hicieron imprescindible mi voluntaria salida de la República, pues hay situaciones en la política, en que el silencio para no exacerbar las pasiones de los partidos es preferible a toda manifestación que, sin llevar en sí otra laudable mira que la de satisfacer a la sociedad, cuando se ha puesto en tormento la reputación del hombre, no siempre se logra el objeto sin evitar los efectos poco agradables que se producen en los ánimos de personas cuyos nombres es preciso dar a conocer por exigirlo la verdad histórica al referir los hechos y yo, lo digo con sinceridad, no querría dar un combustible más a la discordia con las explicaciones que mi honor ultrajado me ha estrechado a hacer, abriendo por fin mis labios para decir a la nación lo que me había propuesto callar.

La fuerza indeclinable de circunstancias inesperadas, como lo demostraré después, me trajeron a un círculo de donde comprendí que debía salir cuanto antes, como lo hice; pues que mi permanencia allí era, por decirlo así, un amago a los proyectos absurdos y embozados llevados a la República por un hombre que inconsideradamente ha venido a poner término a su carrera política con la más triste celebridad.

El *Veracruzano*, periódico que ve la luz pública en Veracruz, ha llegado casualmente a mi poder y en el número 15, correspondiente al 13 de junio último, he encontrado un párrafo tomado de *El Verdadero Eco de Europa*, que se publica en Orizaba y es el órgano de don Juan N. Almonte, que ha tomado de propia autoridad el título de jefe supremo de

la nación. Este párrafo es el que me obliga a tomar la pluma para desmentir la pérfida y calumniosa imputación que su autor ha pretendido hacerme, en presencia de numerosos testigos que en alta voz podrán contestar a mi favor.

Cobos y Doblado, dice el advenedizo articulista, se hallaban en inteligencias y, para probarlo, inserta en seguida la carta última que éste me escribió y las instrucciones de que fueron portadores los señores Arámburu y Alfaro, cuando me hallaba en Izúcar de Matamoros con el mando del ejército que ha combatido contra Juárez; que habían mediado otras cartas entre dicho Doblado y yo, dice de una manera encubierta el mismo articulista, como para dar lugar a falsas deducciones de parte de los que ignoran los antecedentes y, con un tono afirmativo, asegura que tales datos existen en poder de don Juan N. Almonte, jefe supremo, etc., etc., como él se titulaba, ya que después del fiasco que sufriera en la lucha electoral de 1851, la nación no había vuelto a acordarse de un aspirante tan poco digno y cuya espada las guerras de México no han visto brillar aún.

Voy, pues, a entrar en materia, teniendo que retroceder al tiempo en que, separado del mando del ejército el señor don Leonardo Márquez, vine yo a recibirme de él en virtud de órdenes superiores.

Después de los lamentables reveses de Jalatlaco y Huixquilucan, marché acompañando al excelentísimo señor general don Félix Zuloaga a Sierra Gorda, de donde regresé a muy pocos días con una corta escolta, autorizado competentemente para levantar fuerzas de todas armas por cuantos medios me fuera posible, pues ningunas podía darme el cuartel general para comenzar mis arduas tareas. Antes de llegar a mi destino sostuve un encuentro con los demagogos a orillas de Arroyozarco y seguí mi marcha a Huixquilucan para ponerme en relación con el general Buitrón y dar desde allí principio a mis trabajos; luego me trasladé a Tenancingo y, encontrando siempre cooperación y voluntad para contribuir al sostenimiento de una causa política que yo he defendido constantemente, logré en corto tiempo formar varios cuerpos de infantería y caballería y fundir una batería de piezas de montaña, con todo lo cual pude hacer frente al enemigo y salir siempre airoso de la

comprometida situación en que a cada paso me colocaba un adversario potente por su superioridad numérica y calidad de sus elementos. El desastre de Pachuca concluyó con lo más florido del ejército reaccionario que mandaba el general Márquez quien, con los estropeados restos que le quedaron, se encaminó a la sierra sin que por entonces quedasen otras fuerzas respetables para mantener la opinión que comenzaba a decaer, que las que yo había organizado de Tenancingo y las que en Huixquilucan tenía el general Buitrón.

Hacia el mes de enero, el señor Márquez vino a resultar a Ixmiquilpan después de otro revés por sorpresa en San Luis de la Paz y, siempre perseguido por fuerzas enemigas mejor organizadas, fue retirándose por Zimapán, hasta llegar otra vez a la sierra, de donde hizo una nueva salida por Niginí a la línea de Buitrón; pero si en Ixtlahuaca pudo salvar de un encuentro casual con tropas de Morelia, que en gran número marchaban para la capital, no tuvo la misma suerte al atravesar el monte de Huixquilucan pues que, sorprendido en pleno día por el famoso guerrillero Carbajal, tuvo el señor Márquez que retroceder en desorden con la crecida pérdida de 700 hombres montados y armados y, gracias al conocimiento práctico que del terreno tiene Buitrón, los quintados regimientos pudieron escapar y entrar en formación, saliendo del bosque en la noche para tomar la dirección de Cuernavaca, adonde llegaron a los dos días sin obstáculo alguno por no haber allí guarnición.

Por este tiempo yo había batido al enemigo en Tetecala, tomándole prisionera a la fuerza que guardaba el punto; me dirigí en seguida sobre Iguala, reuniéndoseme al paso el general Vicario con una corta brigada y juntos emprendimos atacar a los que ocupaban dicha población pero, habiéndola abandonado silenciosa y ocultamente, no obstante sus fuertes atrincheramientos, nuestras fuerzas entraron sin resistencia. El señor Márquez, dejando a Cuernavaca por la aproximación de las tropas salidas de México para perseguirle, quiso ponerse en contacto conmigo y, a instancias suyas, tuvimos la primera conferencia en la hacienda de San Gabriel, de que resultó que a pocos días se trasladara a Iguala con una división de caballería nada numerosa y en tal estado de deterioro en su moral y equipo, que tuve la necesidad de acuartelar a los míos, temeroso

de que la indisciplina los contagiase. Una tempestad sorda rugía contra el señor Márquez, a quien sus subordinados inculpan de tantos descalabros y de las horribles penurias que sufrieran; los corrillos de jefes y oficiales y las amargas lamentaciones de la tropa, hacían oír a cada paso el nombre de su desgraciado general y las quejas de todos, expuestas con desesperación, probaban hasta la evidencia que el señor Márquez era impopular en el ejército y que, al menos por entonces, era muy difícil conciliar un tan violento estado de cosas. Yo, para lograrlo, hice cuanto pude; hablé a muchos jefes para calmarlos y eché mano de mis escasos recursos para auxiliar a una tropa llena de necesidades.

El enemigo, fugitivo de Iguala, fue a tomar posiciones al pueblecillo de Teloloapan, situado en una eminencia muy ventajosa; allá fui a hostilizarlo llevando, además de las mías, las fuerzas todas del señor Márquez, que también llegó después al teatro de mis operaciones, reconocido por mí como jefe superior, pues esta consideración jamás dejé de tenérsela, aun cuando abrigase yo la íntima convicción de que bastaba su mediación en lo más leve para que sus resultados fuesen del todo negativos.

Nos hallábamos al frente del enemigo, hostilizándolo hasta donde lo permitía el número de nuestras fuerzas y la escasez de municiones, cuando repentinamente se presentan en auxilio de los sitiados las tropas salidas de México y Toluca para perseguir al señor Márquez; la prudencia aconsejaba retirarnos, por nuestra inferioridad, como en efecto nos retiramos en el mejor orden; pero, antes de hacerlo y siendo ya nuestra retirada una cosa resuelta y aprobada, el señor Márquez, por causas que él solo comprendiera, extendió un parte oficial que por extraordinario envió a Iguala al señor general Zuloaga, noticiándole haber sido forzadas todas las posiciones del enemigo, obteniéndose la más completa victoria y haciendo mención de acciones heroicas que no habían tenido lugar. Esta nueva, dada de oficio, fue acogida con entusiasmo y festejada en Iguala; pero al tercer día llegamos todos a dar fe de que aquello no era cierto y que el parte era sólo una suposición. Aún recuerdo tan peregrina ocurrencia y no acierto a referirla, bastando decir, para dar punto a la relación de tan mal concebido ardid, que el

rubor pintado en el rostro de todos, por el tremendo ridículo a que necesariamente los condenara el falsísimo parte del general en jefe, fue el inmediato efecto que produjera acontecimiento tan singular. El señor general Zuloaga que dos días antes recibiera los cumplimientos oficiales, debidos a tan fausta y supuesta victoria, no pudo menos, a pesar de su característica prudencia, de sujetar al señor Márquez a un severo interrogatorio, firmando en seguida la orden de su destitución del mando que, yo no obstante mis empeños en favor de una persona a quien he profesado la más sincera amistad, no pude impedir así porque nada era conciliable con la suprema autoridad burlada, como también porque no había otro medio de acallar la grito del ejército que acogió con aplauso la enérgica resolución del señor general Zuloaga.

Consecuencia de esta medida muy sensible para mí, fue que en seguida, de orden superior, me recibiese del mando en jefe y, con esta investidura que yo rehusé cuanto me fue posible, emprendí inmediatamente mi marcha en dirección de San Gabriel, de donde forzando las jornadas para esquivar todo encuentro por el mal estado de las tropas, me dirigí al pueblo de Chietla, incorporándoseme en el tránsito los generales Montaña y Acebal, con sus respectivas fuerzas y algún parque, cuyo auxilio vino muy oportunamente, por la casi total carencia de este efecto que yo sufría desde mi retirada de Teloloapan.

He querido entrar en todos estos detalles, para demostrar a qué circunstancias se debió que el ejército que estuvo a las órdenes del general Márquez, viniese a quedar a las mías y que este señor fuese relevado del mando. Debo advertir que después de las 700 bajas de la sorpresa en el monte de Huixquilucan, las ocurridas en el sitio de Teloloapan y en las marchas forzadas hasta Chietla, lo que quedaba de las fuerzas con que llegó el señor Márquez hasta Iguala, apenas haría la pequeña cifra de 600 hombres, todos de caballería, mal armados y peor montados.

En la hacienda de San Nicolás, en camino para Chietla, los señores Zuloaga y Márquez, recibieron por la vía de la capital correspondencias de don Juan N. Almonte, invitándolos a desistir del plan de Tacubaya que hasta entonces habían defendido y proclamar el que remitía adjunto, que

sin contener ninguna idea política ni de porvenir para la República, se concretaba al solo reconocimiento de su persona como jefe supremo de la nación, cual se resolvió a titularse por sí y ante sí, desesperado sin duda de que nadie se cuidase de proclamarlo. Entiendo que aquellos señores a nada se comprometieron y aun del señor Zuloaga puedo afirmar que contestó con dignidad. En cuanto a mí, séame permitido confesar que recibí mal, malísimamente, tanta audacia para pretender la suprema magistratura sin más mérito que venir de lejos a la sombra de armas extranjeras y esto así, de un modo como si se tratara de un rebaño que va a la voluntad del que lo lleva, pues a tal equivale la peregrina ambición de Almonte, que muy pronto ha olvidado que en la República no se llega a los altos puestos de Estado si no es por medio del sufragio o por el prestigio del valor que popularizan en el ejército y el pueblo al que, favorecido por la fortuna, hace brillar su espada a través de todos los riesgos de la guerra y es preciso convenir en que, en ninguno de estos casos, puede citarse el casi ignorado nombre de Almonte.

Vuelvo a mi interrumpida relación, para llegar cuanto antes a lo que me atañe personalmente.

Al dirigirme a Chietla a marchas dobles, como dejo dicho, logré burlar la persecución del enemigo que, reforzado considerablemente, se desprendió de Teloloapan luego que yo levanté el campo y vino a colocarse a retaguardia de mis fuerzas siguiéndoles la pista; supe sobre la marcha que el licenciado Alatraste, con dos brigadas de tropa irregular, se encontraba en Izúcar de Matamoros, población que me convenía muchísimo ocupar para ponerme en contacto con la ciudad de Puebla, donde contaba con no pocos elementos y que a la vez el señor general Zuloaga pudiese comunicarse más fácilmente con Almonte, cuyo programa político deseábamos conocer para establecer nuestra línea de conducta, decididos como siempre lo estuvimos a salvar a todo trance el decoro y dignidad de la nación. Era nuestro sentir; así se explicaba también el señor Márquez.

El general Montaña me confirmó la noticia de estar bien guarnecido Izúcar, añadiendo que Alatraste, con una brigada de todas armas, había salido de allí en busca mía y en combinación con las otras

fuerzas que no consiguieron darme alcance. La combinación no podía ser mejor y, a haberse logrado, tal vez hubiese sufrido un descalabro que en aquellos días hubiera sido irreparable; pero la Providencia dispuso las cosas de distinto modo. Alatraste se encontró solo y, amenazado por una brigada de caballería que le destacó en observación, marchando yo sin pérdida de instantes con el grueso del ejército a practicar un escrupuloso reconocimiento de la plaza de Izúcar, que encontré en perfecto estado de defensa; procedí en seguida a varias operaciones de sitio y, después de varios y sostenidos tiroteos, logré al siguiente día reducir al enemigo al solo punto de Santo Domingo, cuya iglesia y convento, además de su posición por sí sola defendible, tenían en todo el perímetro obras exteriores hábilmente repartidas, de manera que aquello era una especie de fortaleza, tanto más difícil de tomarse cuanto que yo carecía de artillería competente y de calibre para abrir los fuegos.

Sin embargo, me resolví al ataque, que se emprendió con un brío digno de elogio; las columnas partieron al paso veloz, con el arma embrazada pero, al llegar al pie del edificio, despejando a viva fuerza el cementerio, no pudo penetrarse por parte alguna al interior y hubo necesidad de retroceder un poco para cubrir nuestras filas del fuego mortífero que impunemente las diezmaba, permaneciendo en tal estado para intentar en la noche una operación atrevida. En estas circunstancias, bien críticas para mí, pues conocía lo riesgoso de permanecer de tal modo muchas horas, se presenta Alatraste con ánimo de proteger a los sitiados de Santo Domingo que, viendo les llegaba auxilio, cobraron aliento considerándose salvos.

Sólo una resolución enérgica podía sacarnos de tan apremiante situación, sin pensar en retirarse, porque esto habría ocasionado nuestra ruina; el peligro acrecía y la tropa que sitiaba a Santo Domingo, iba desmayando, por lo que me resolví a tomar la iniciativa vigorosamente sobre dicho Alatraste, ocupando todas mis reservas de caballería, pues de la infantería no podía tomar nada sin exponerme a perder lo hasta entonces aventajado; mi nuevo plan, concertado en medio de las circunstancias delicadísimas, fue bien comprendido y mejor ejecutado por los distinguidos jefes a quienes encomendé la carga, doblemente

dificultosa por la clase de terreno en que tenía que maniobrase, sembrado por todas partes de malezas y peñas enormes, siendo, por esta causa, casi impracticable a los caballos; así es que, los primeros ataques, tan rudos como costosos, ningún éxito nos proporcionaron y, desesperados de no hacer nada, se volvió a la carga con la decisión y arrojo que inspiran ciertos instantes supremos de la guerra, obteniéndose después de una sangrienta refriega la más completa victoria y quedando en posesión nosotros del campo tomado a viva fuerza, con un sinnúmero de prisioneros, piezas, parque y hasta su jefe, el licenciado Alatríste, en nuestro poder.

En la noche de este día se entregaron por capitulación las tropas que defendían a Santo Domingo y he aquí como, al cabo de tantos reveses y sufrimientos que lo redujeron a la nulidad, el ejército reaccionario, bajo mis órdenes, recobró en la opinión su perdido prestigio y obtuvo un respiro tal en todas sus necesidades, que en corto tiempo llegó a elevarse a un grado de adelanto moral y material que hasta entonces no había conocido. Consiguientemente, la faz de la reacción cambió también de la manera más completa y satisfactoria y el gobierno demagogo que antes de esto sólo había visto fracciones irregulares, sin sujeción ni disciplina, lo que le hacía asegurar a los aliados que el partido reaccionario no existía, se encontró cuando menos lo esperaba y en la fecha en que contaba tenerlos aniquilados con un cuerpo de tropas, respetable y temido por su número y por el partido que iba ganando en el concepto público, debido a la rigurosa disciplina que desde luego se puso en vigor y a la conducta siempre honorífica de los dignos jefes colocados al frente de ellas. El gobierno de Juárez reconoció su impotencia y no se atrevió a seguir hostilizándonos, dejándonos en una especie de tregua que yo supe aprovechar con usura; en pocos días Matamoros, Chietla y Atlixco, con sus numerosos cuarteles y sus talleres, en que sólo se trabajaba para el ejército y sus vastos campos, en donde las tropas se adiestraban en ejercicios doctrinales, presentaban un aspecto meramente militar e imponente; ya no sufría el soldado el hambre y la desnudez que antes le abatiera; sus necesidades se atendían con regularidad y sus filas se multiplicaban de día en día; las guerrillas se iban reuniendo y tomando

estandartes como cuerpos reglados; en una palabra, era otro del todo distinto el nuevo orden introducido en el ejército y otros también los medios de subsistencia que sustituyeron a los odiosísimos de que hasta entonces se había echado mano para subvenir a los gastos de la guerra.

En proporción a este adelanto material, el espíritu casi perdido se había fortificado y, sea dicho en honor de la verdad, mientras la discordia no vino enviada por don Juan N. Almonte, jefe supremo, etc., a desgarrar tantos y tan brillantes elementos reunidos a costa de mil esfuerzos, tan sólo se veía allí, donde estaban los bravos defensores de la reacción, un noble estímulo por el progreso y brillo del ejército, una vehemente aspiración de salvar la patria.

Durante este interregno, don Juan N. Almonte, siguió escribiendo a los señores Zuloaga y Márquez y aun se supo extraoficialmente que iba a enviar una comisión a dar las explicaciones pedidas; pero esto no tuvo efecto y en tales circunstancias recibimos la noticia de haber forzado el paso de las Cumbres de Acultzingo al ejército francés; esta nueva fue acogida con visibles muestras de pesar en el ejército reaccionario; yo también lo sentí, lo digo con franqueza y si hubo alguno que se alegrara, tal vez fue a dar expansión a su regocijo antipatriótico a los oscuros rincones de su alojamiento, temeroso de hacerlo en público. Yo, al ver aquel rasgo del más puro patriotismo, no pude menos de elogiarlo; me asocié también a la opinión de muchos, sobre que los franceses no habían sido leales en sus convenios de la Soledad y, faltar entre militares a lo que se estipula en un campo intermedio, es faltar a leyes del honor, incurriendo en una nota muy bochornosa; aludo al hecho de no haberse vuelto los franceses hasta Paso Ancho, repasando las posiciones del Chiquihuite, que debían dejar libres, con arreglo a los convenios de la Soledad, para el caso en que las negociaciones no se efectuasen, como sucedió. Pues bien, todo esto fue muy mal recibido en el ejército de la reacción; se comentó como era natural y se pensó sobre lo que habría que esperar para el futuro, de hombres que tan poco se cuidan del cumplimiento de su palabra.

Ahí está don Juan N. Almonte, decían algunos; ¿qué hace en el campamento extranjero, cuando mejor le estaría venir aquí? Se me invitó

a que le llamara y yo lo manifesté al señor Zuloaga, así como el estado de la opinión que ansiaba por tener una prueba evidente de ser falsa la especie de que se trataba de traer al país al archiduque Fernando Maximiliano, porque muchos lo decían; si se pretende imponer al país el yugo extranjero nos oponemos a ello defendiendo la patria a costa de toda nuestra sangre. Recíbese una proclama de Almonte, fechada en Córdoba y los ánimos se aquietan, pues vese en ella el ofrecimiento de que las tropas francesas traen a la República una misión benévola, proteger el libre voto y ayudar a todos a establecer un gobierno que fuera la expresión legítima de los mexicanos; pero de esto a lo que con asombro hemos visto después, hay una distancia enorme. Don Juan N. Almonte hace suplantar una acta en Córdoba, tomando firmas que desmienten en seguida los interesados y se proclama a sí mismo "Jefe Supremo de la Nación...". ¡Oh descaro sin ejemplo! Muchos absurdos habíamos visto en las repetidas revoluciones de la República, pero uno tan estupendo como éste, sólo estaba reservado... ¿a quién? ¡a don Juan N. Almonte! Mas, culpemos de todo esto a la humanidad, siempre débil y sigamos adelante.

El ejército francés llega frente a Puebla y se dispone el ataque de los puntos avanzados, Loreto y Guadalupe; en concepto de Almonte no hay para qué dudar del éxito de la operación y nos escribe, al señor Márquez y a mi, previniéndonos nos colocásemos con las fuerzas mexicanas de la reacción en el camino de la capital de México, para recoger dispersos y completar el triunfo de los franceses que él creía segurísimo. Todas estas comunicaciones, si no eran públicas, al menos no se reservaban tanto que no llegasen a oídos de los jefes y aun de los oficiales subalternos, pues en circunstancias tales no hay quien no esté a la expectativa de lo que sucede; así pues, el llamamiento para recoger dispersos, fue sabido al instante en el cuartel general y juzgado por todos como una ofensa.

Nosotros habíamos combatido infinitas veces, las más con desproporción y, aunque poco afortunados, nunca dejamos de portarnos con honor; entiéndalo bien Almonte; jamás se dio entre nosotros el triste caso de llegar a destiempo a arrebatarse triunfos ajenos, pues que

mutuamente, cuando ha sido necesario, nos hemos protegido, participando por igual de todos los riesgos. La pésima impresión que causara la torpe ocurrencia de Almonte, llegó muy pronto a noticia del señor Zuloaga, quien prudentemente le dijo que aquello no convenía, insistiendo en que cuanto antes formulase un programa político en sentido conservador, sin mezcla de monarquía extranjera, por la que nadie opinaba; que desmintiese esta especie por medio de un manifiesto, dando a la República las seguridades necesarias respecto de que la Francia no venía con miras interesadas; que todo esto era preciso hacerlo al instante para que el ejército de la reacción, visto el programa, se decidiese, si le convenía, a sostenerlo, así como también el partido que representaba en la contienda, el cual, por falta de explicaciones francas y leales, observaba cierta abstención o ciertos temores de que el ejército participaba igualmente y Almonte nada contestó a tan justísima y patriótica demanda. Los franceses emprenden sus operaciones sobre Puebla y son rechazados en el cerro fortificado de Guadalupe, sufriendo pérdidas de consideración en bajas de muertos, heridos y prisioneros; su general en jefe no intenta una nueva acometida, retrocede con todo su material hasta Amozoc; permanece allí dos días y continúa en seguida su contra marcha hasta Orizaba.

A la vez que todo esto sucedía, se recibían en nuestro cuartel general invitaciones del ministro de Juárez, don Manuel Doblado, para que tomásemos parte en la defensa común; fue el primero a quien escribió sobre esto al general don Leonardo Márquez, que tuvo la necesidad de enseñarnos al señor Zuloaga y a mi la carta recibida, la cual, según recuerdo, se refería a cierta conferencia que el mismo señor Márquez solicitó de aquél meses antes, cuando aún no era ministro y se hallaba de gobernador en Guanajuato. Antes de que nosotros diésemos opinión alguna, el señor Márquez expresó que convenía aprovechar tan favorable circunstancia para ganar tiempo y fortalecernos más, de modo que, llegado el caso de oír proposiciones, fuésemos nosotros quienes impusieran condiciones. Contestó y nos mostró su carta, en que decía que, separado del mando como lo estaba, sólo podía responder a la invitación que se le hacía, ofreciendo al señor Doblado toda clase de

seguridades para que viniese a nuestro cuartel general a hablar conmigo y que él cooperaría gustosamente a todo lo que tendiera a la unión de los mexicanos, etc. Consecuencia natural de esto fue que Doblado pensara en venir hasta Chietla y aun estuvimos preparados para recibirle dignamente; pero esto no llegó a efectuarse, escribiéndome dicho señor con la mira de que se celebrase un armisticio por ambas partes, que Atlixco se declarase punto neutral y que nos reuniésemos allí para una conferencia; esta carta me fue entregada hallándome yo en cama gravemente enfermo y teniendo en mi rededor a los señores Zuloaga y Márquez y otros amigos que, discutiendo largo tiempo sobre la respuesta que habría de darse, se decidieron al fin por la opinión del señor Márquez y en seguida se contestó que el señor Doblado podía venir a nuestro cuartel general cuando gustase con todas las seguridades que antes le ofreciera sinceramente el general Márquez; que se le enviaba un amplísimo salvoconducto y que, respecto del armisticio, no se creía conveniente celebrarlo, entretanto no se hablase verbalmente para mejor entenderse; esta es la sustancia de mi carta y ésta la opinión del señor Márquez que, aprobada por todos, yo no hice más que adherirme también.

Poco después del rechazo de los franceses en Guadalupe, se me anunció una comisión del señor Doblado, de lo que inmediatamente di noticia a los señores Zuloaga y Márquez y con su acuerdo se les permitió el paso a los señores Arámburu y Alfaro, que pusieron en mis manos la carta que los acreditaba y las instrucciones a que debían arreglarse. Muy pocas fueron las palabras que nos cambiamos, pues jamás quise por mí mismo proceder en asunto tan delicado, que no fuese con la aprobación de los otros señores. Inmediatamente me trasladé al alojamiento del señor general Zuloaga, llevando conmigo al señor Márquez, que encontré al paso; dimos allí lectura a los documentos traídos por la comisión y por esa noche todo se limitó a conversaciones más o menos amistosas, en las cuales el señor Márquez tuvo el primer lugar, como que a él era debido todo aquello, pues yo, acostumbrado a obrar con firmeza y por un camino recto en todas mis cosas, confieso que aquellas escenas me eran repugnantes, que hacía allí un papel forzado y todo por condescender con

los deseos del señor Márquez, que a cada paso me inculcaba la necesidad de ganar tiempo.

Sobre todas estas ocurrencias, entiendo que en el vulgo corrieron varias versiones más o menos desfiguradas por algunos individuos a quienes por su vandálica conducta se les había despedido del ejército. Sin embargo, a nadie que preguntara respecto de tales negocios se le dejaba en duda; por el contrario, yo tenía gusto en manifestar los hechos con entera verdad, pues que no había para qué ocultarla y no es que yo temiese que alguno de los que intervenían en el asunto inspirase desconfianza, porque a cual más tenía acreditada con hechos su constancia y rectitud de principios.

Los comisionados del señor Doblado se despacharon al siguiente día y el señor Márquez, más que todos, se mostraba muy complacido de la manera como en su concepto se había acertado en corresponder la mala fe que en Doblado es proverbial y su arma más favorita; porque, sea dicho de paso, ninguno de nosotros podía tener confianza del que alevosamente ha encaminado al patíbulo a muchos de nuestros compañeros que tuvieron la desgracia de fiar en sus falaces amnistías, siendo el hecho de esta clase más reciente y horroroso, el de la muerte dada en Chalchicomula al malogrado cuanto ilustre general Robles Pezuela, a quien Doblado hiciera creer poco antes que simpatizaban en ideas.

Los franceses seguían su marcha retrógrada y nada había vuelto a saberse del señor Almonte, sino es una cosa que diré más adelante y que sólo se creyó porque se tuvieron en las manos los datos autógrafos que lo comprobaban. El rechazo de Guadalupe no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario, se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional que a nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aún tengo entendido que en Chietla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado 34 leguas... Y ¿cómo podía yo no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a

ninguno de sus partidos? Lo repito, de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en mis nobles compañeros. Repentinamente comenzó a decirse que había algunos interesados en restablecer en el mando al general Márquez y aun se aseguró que él mismo lo gestionaba por medio de agentes que comisionaba para crearse prosélitos; esto, que yo no podía creer, era desgraciadamente cierto y digo desgraciadamente, porque no tenía dicho señor necesidad de aspirar al mando por medios tan poco dignos; yo se lo había ofrecido de buena fe y no rehusaba obedecerle, pero él se excusó conociendo acaso que la opinión en nada le favorecía.

Visto que Almonte no contestaba a lo que le propusiera el señor general Zuloaga, se acordó enviarle por nuestra parte una comisión, nombrando, al efecto, dos personas de crédito. De esto nos ocupábamos, cuando algunos jefes dieron cuenta con las cartas que dicho Almonte les escribió directamente, excitándolos a la rebelión contra sus legítimos superiores, a quienes inculpaba de estar de acuerdo con don Manuel Doblado, lo que en su concepto debía ser peor que servir de instrumento a influencias extranjeras, entregando la libertad del país a un archiduque de Austria.

Es necesario ser muy estúpido o muy malvado para imputar a otros la negra mancha que lleva consigo el que, como Almonte, vende su patria y no quiero decir más contra quien el mundo ha fulminado la más terrible sentencia. Ordenábale, además, al general Márquez a quien había nombrado para mandar el ejército y este señor vino poco después a manifestarme con indignación tal nombramiento, pues semejante acto lo juzgaba tan impropio como ridículo, por tratarse -estas son sus palabras- de un cualquiera que sin títulos legítimamente obtenidos, viene aquí a dar órdenes a quienes el debía obedecer, etc. Esto me inspiró confianza, si pude dejar de tenérsela al señor Márquez, por tantos avisos como se me dieron de que intentaba algo y así con satisfacción lo dije al señor general Zuloaga, a quien también se había denunciado ciertos trabajos que se atribuían a los ayudantes del señor Márquez, de los que yo no quise hacer aprecio, por tratarse de personas pésimamente conceptuadas en todas partes.

Siguieron llegando cartitas insidiosas de Almonte; yo no podía explicarme cómo un hombre que había llegado a la más alta clase del ejército, aunque sin servir en él, se prestase a corromper tan sin pudor la moral y la disciplina de los subalternos; esto y el no haber contestado sobre el programa y demás exigencias del señor Zuloaga, interesado como todos en traer el asunto a una vía franca que no comprometiese el honor nacional, todo esto, repito, me hizo abrigar sospechas, pues cuanto hasta entonces había oído sobre monarquía y el archiduque austríaco, creía yo, como creían todos, que era una arma de partido de que se había echado mano para exaltar el espíritu popular contra el mismo Almonte.

En este estado de cosas desaparece el general Márquez y a poco se me da parte de que al pasar por Chietla y Atlixco había recogido las fuerzas de caballería que estaban allí destacadas y a las cuales les dio orden, en mi nombre, para que hiciesen lo que mandase el señor Márquez, un ayudante mío, sobornado de antemano. La consideración que yo guardé siempre a este señor, no quise perdérsela todavía; me abstuve de precipitar mis disposiciones, limitándome a enviarle al jefe que mandaba en Atlixco un ayudante que el señor Márquez hizo poner preso, devolviéndolo a poco con una carta para mí, que insertaré al fin de esta manifestación. La noche que antecedió a estos sucesos, el señor Márquez ocurrió al general Zuloaga, manifestando su deseo de reforzar la comisión enviada a Almonte y accediendo a su pretensión se puso un extraordinario a los otros señores, ordenándoles lo esperasen hasta que se les incorporase para que llegasen todos reunidos y se les alistó una fuerte y lucida escolta, pues debía partir el día mismo de su inopinada desaparición.

Sin pérdida de momentos y como temeroso de que se descubriese a tiempo el ardid de que se valiera para alzarse con la caballería, el señor Márquez no se detuvo en Atlixco, marchó inmediatamente en pos de Almonte, de quien poco antes hablara en los términos más ofensivos; alcanza a los comisionados del señor Zuloaga que lo esperaban según se les previno; trata con dureza a uno de ellos con quien tuviera añejos resentimientos; les recoge la escolta y los pone en la imposibilidad más completa de llenar su cometido. Así pues, el señor Márquez, sin

examinar los propósitos de Almonte, sin apoyarse en seguridades que salvaran cuando menos su nombre ante la nación y, cuidándose bien poco del decoro de su patria, corre como fugitivo a ponerse al lado de los franceses rechazados en Puebla, trayendo con engaño dos brigadas de caballería, cuya formación nada le debía.

Aún me quedaban fieles algunos cuerpos de esa arma que no pudo arrollar el señor Márquez y toda la infantería, artillería y trenes acantonados en Chietla. Pensé, cuando vi que aquello no tenía remedio, en lo que sería prudente hacer, teniendo como tenía el enemigo en Puebla en número muy superior y como rara vez un hecho, cual el de la deserción del señor Márquez, deja de causar males trascendentales a la moral, advirtiéndome en la división de infantería ciertos síntomas demasiados significativos, pues varios de sus jefes se dejaron impresionar por los vergonzosos ofrecimientos de Almonte, tomé al instante la resolución que aprobó el señor general Zuloaga de emprender la marcha hasta donde aquél se hallase, conservando yo la esperanza de que después de que hablásemos franca y concienzudamente respecto de todo lo acontecido y en particular de los intereses del país, conseguiría el programa que se le había pedido y que las fuerzas mexicanas obrasen separadas de las francesas, a las cuales no podía admitirse con otro carácter que el de auxiliares y jamás como dominadoras.

Llegamos a Orizaba ocho días después que el general Márquez; pero antes supe en el camino que, en seguida del nombramiento a favor de este jefe, que le expidió Almonte, hubo una orden para que el señor Zuloaga y yo fuésemos pasados por las armas. Dejo a calificación pública semejante proceder de parte de un hombre que aspiraba a acaudillar nuestras fuerzas no trayéndolas elementos ningunos, pues lo del armamento y cuantiosos recursos resultó ser una mentira atroz; ¿qué autoridad creyó tener Almonte sobre un cuerpo de tropas que otros habían formado a costa de mil afanes? ¿ni que delito podía ser en mí no acatar su caprichosa voluntad, cuando no se había reconocido como nada, ni auxilio ninguno le debí nunca para sostenerme en la lucha contra Juárez, ni existieron jamás compromisos entre ambos? Yo no comprendo otra cosa en todos estos despropósitos que el despecho de Almonte al

verse horriblemente evidenciado ante el emperador Napoleón y sus fuerzas expedicionarias, después de asegurar al primero la facilísima conquista de la República y a los segundos que pasarían sin riesgo por un caminó sembrado de flores hasta la capital. ¡Qué insensatez! Hay cosas que por su enormidad sólo se les da crédito, porque se palpan, se tocan de manera a no quedar duda; esto me sucedió con Almonte, a quien hice la honra de considerarlo incapaz de una ignominia; pero ya lo han visto todos, al volver a su patria guarecido bajo los pliegues del pabellón francés, ocultando innobles miras ¿qué es lo que viene a anunciarla en alivio de sus dolencias? Esto lo preguntan anhelosos los mexicanos y él contesta... ¡un archiduque austríaco! Pero mientras llega, tenedme por vuestro jefe supremo, si no queréis salir deportados por inobedientes o sacrificados en los cadalsos si os oponéis a mi voluntad. Buen modo, sin duda, de preparar un cambio completo del ser político de un pueblo que, no obstante sus disturbios, a nadie ha enajenado sus derechos; ¡gran conquista la que ha intentado Almonte!

La humanidad ha visto con horror que el conde don Julián abriera las puertas de su patria a sus feroces enemigos, para que le desgarrasen el seno y don Julián fue inspirado por la venganza; pero Almonte, Almonte que entrega su país al extranjero, que pone su bandera en irrisorio espectáculo; que proclama la valentía de los invasores y los aplaude cuando acuchillan a sus compatriotas, cuyo cruento sacrificio infama; Almonte, repito, ¿qué venganzas puede abrigar contra el generoso suelo que le vio nacer y le colmara de beneficios desde su temprana orfandad? ¡Oh! esto es incomprensible, es más, es horroroso. La imaginación no alcanza términos que basten a calificar tamaña iniquidad, ni a describir al hombre que licenciosamente toma el nombre de su país para llevarlo, cual mercancía vil, de puerta en puerta ofreciéndolo a la codicia de príncipes extranjeros. Y si el emperador Napoleón pudo creerle y aceptar su deslealtad en provecho de intereses de que sin duda sería excluido más tarde (Almonte), como incompatible por su raza y por su negro crimen, el emperador, repito, ha visto ya descorrido el velo en lo que va de corrido el tiempo desde el desembarque de sus tropas en Veracruz y principalmente desde su rechazo en Puebla hasta la fecha. El orgullo

herido no confesará la verdad, ni a la dignidad imperial corresponde tal vez manifestar su indignación contra el impostor a quien aceptara sólo como instrumento, pues que como tal él se le ofreciera, tratando de entregarle los destinos de su patria; pero con menos trabas para hacer confesiones ingenuas, un digno representante del pueblo francés, Mr. Favre, en la sesión del 26 de junio último, en el seno del cuerpo legislativo, al ocuparse de la expedición a México, refiriéndose al repetido Almonte, dice:

De este modo, pues, no es solamente un proscrito, que al abrigo de fuerzas extranjeras quiere volver a su país, es el vasallo de un príncipe extranjero, es un corredor de la candidatura monárquica quien viene a retaguardia de las fuerzas francesas a tratar de imponer por medio de la guerra civil, por la guerra extranjera, a un príncipe austríaco. He ahí, señores, lo que era Almonte en nuestras filas... La guerra es siempre para los pueblos una extremidad cruel; sin embargo, es permitida cuando se trata de rechazar una invasión, de vengar un insulto, de acudir en socorro de un aliado. Pero, suponed que sea emprendida para imponer un gobierno que no quiere una nación invadida; entonces es un atentado. Suponed que sea emprendida para hacer prevalecer la ambición particular de tal o cual ciudadano arrojado de su país, entonces es un crimen verdadero. Y ¿qué pensar, señores, de la conducta y moralidad del que llega así a desencadenar sobre su propio país la plaga de la guerra extranjera? ¡Ah! confieso que en presencia de un acto tan incalificable no me es posible contener los sentimientos que rebosan en mi corazón. ¡Cómo Francia ha podido cubrir con su bandera una iniquidad semejante!

Ya cerca de Orizaba, reanudo mi relación, me adelanto y en el acto me allego a Almonte; pero lejos de encontrarlo sensible a mis razones que le expuse con el mayor encarecimiento, me contestó a todo que está resuelto a cumplir con los compromisos que contrajera en Europa, adonde no podría volver si sus planes se frustraran; pero esto no

sucedará, porque -aquí sus textuales palabras- no vengo, me dijo, atendido a las fuerzas del país que de nada me servirán; por eso traigo bayonetas francesas.

Nada quise añadir a lo que llevaba dicho; hasta entonces conocí todo mi error, cuando supuse que hablándole a Almonte en nombre de la patria y haciéndole sinceras explicaciones sobre los asuntos de México, se lograría separarlo de absurdos proyectos de imposible realización. No quedándome ya la menor duda de que cuanto le ha atribuido la prensa es una horrible verdad, me retiré de allí a mi alojamiento, en donde poco a poco me vi cercado por muchos de los jefes que se trajo el señor Márquez, quienes me aseguraron haber sido sorprendidos, que han sufrido innumerables bajas, que los han sujetado a una miseria peor que la que sufrieran en los días más aciagos de la reacción, que la tropa amenaza desbandarse y que antes de que esto suceda ellos quieren decidirse por algo que los salve. ¿Qué podía yo contestarles? Y ¿don Juan N. Almonte, les dije, ha visto a ustedes o por medio de alguna proclama les ha hecho saber qué es lo que van a defender al lado de los franceses? Nada, contestaron, nada se nos ha dicho ni nosotros conocemos hasta hoy a ese señor. En breves palabras les indiqué mi resolución de alejarme de la política del país y que más adelante les escribiría confidencial y amistosamente, pues jamás olvidaría a los que habían participado de todas mis fatigas y sufrimientos.

En la tarde de este día llegaron las otras fuerzas salidas de Chietla y creo que en la noche sus jefes estaban ya arrepentidos de su insistencia en venir a someterse a Almonte; no era para menos; el desengaño no podía ser más inmediato ni más triste, pues apenas llegados, fueron ocho días antes y éstos les presentaron como muestra del buen recibimiento de Almonte, la miseria, la desnudez y el desprecio más marcado. Tales fueron las recompensas prometidas y yo por varias razones no lo siento, pues que si bien es de lamentarse que el traidor haya encontrado ilusos que vinieran a su lado, tal vez la Providencia quiso traerlos allí para ejemplar y público escarmiento de todos los que, cuidándose bien poco del porvenir de su país, se aventuran a dar crédito, de luego a luego, a las falaces y desleales miras de un hombre que, en muy corto tiempo, ha

hecho a la nación más males que todas sus guerras de 40 años; pues, aunque divididos por desgracia los mexicanos todos, han seguido y venerado los hermosos colores de su bandera que han vitoreado aun vencidos y vencedores en la guerra civil.

Compréndase de una vez que Almonte, al contraer en Europa su inconsiderado compromiso, fue en la seguridad de que haría de los mexicanos lo que de un rebaño y por acreditarlo es por lo que procuró traerse al señor Márquez y otros varios, que se han entregado a él sin el más leve escrúpulo. En Veracruz, cuando llegó Almonte, no faltó quien le dijera que la República no estaba preparada para la monarquía y que intentarlo, de luego a luego, sería exponerse a una conflagración general. No -dijo-, están muy desmoralizados y su valor debilitado del todo; irán por donde los lleven un cabo y cuatro soldados franceses y yo me creo en actitud de llevar a ejecución las órdenes que recibí de mi soberano el príncipe Maximiliano, rey de México.

Dije al principio que sentía la necesidad que tenía de referirme a cosas que, por feas e inicuas, no son para oídas; lo siento positivamente pero he tenido que defenderme y no he podido excusarme de entrar en todos estos pormenores. Queda explicado cómo y de qué manera escribió don Manuel Doblado y en qué términos se le contestó; cuando Almonte me interrogó acerca de esto, respondí con los documentos originales que llevaba en mi cartera; los leyó y me dijo tenía interés en guardárselos; yo no me opuse, pero un amigo a quien conté lo que había pasado, me tuvo a mal la entrega de tales papeles y me aconsejó los recogiese; con este objeto volví a ver a Almonte, quien insistió en quedarse con ellos, conformándome con copias de todos ellos autorizadas bajo su firma. He aquí cómo esos datos llegaron a sus manos, cuya observación no quiso hacer el advenedizo articulista, guiado de la páfida intención, al publicarlos trancos, de crear sospechas llamando la atención de que ya Doblado y yo teníamos de antemano relaciones amistosas. Por fortuna, el tal escritor es ya bien conocido y lleva en la República una nota muy marcada, es el mismo que decía en el *Verdadero Eco de Europa*, al siguiente día de llegado el general Márquez a Orizaba, que tan bandidos eran los liberales como los reaccionarios; es un hacendado concursado,

nacido en Puerto Príncipe y ciudadano español; es, en fin, don Manuel Castellanos, a quien Almonte ha nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores.

En todo lo relativo a las cartas del señor Doblado he querido citar al señor Márquez porque, constándole a él, mejor que a nadie, como que fue quien dirigió el asunto, cuanto acerca de esto se versara, no comprendo cómo ha dejado correr sin contestación el malicioso y perverso párrafo escrito en Orizaba contra mí, él debió indignarse al leer semejante superchería de mala ley y puntualizar la verdad; era, si se quiere, una obligación imprescindible de su parte. No habiéndolo hecho así, mi reputación, cobardemente ultrajada, exigía que yo me apresurase a esclarecer los hechos por medio de la prensa, entretanto las circunstancias me permiten obtener por otras vías la reparación debida.

Antes de terminar, quiero referirme a un hecho posterior. Yo salí de la República voluntariamente, pues nada que no fuesen las causas que dejo relatadas, pudo forzarme a tomar esa determinación, a la que Almonte no se opuso, suscribiendo, sin que yo se lo pidiese, por no reconocerle ningún carácter oficial, una licencia por un año.. Después me ocurrió volver a Veracruz para arreglar allí asuntos míos particulares y se me impidió el desembarco por una orden que a nombre del jefe supremo, etc., libró un *quidam* que funge de subsecretario de Guerra y sobre quien pesa el entredicho nacional por haber acompañado, en 1851, al famoso filibustero Carbajal que con una expedición pirática invadió e incendió la plaza de Matamoros. No habiéndoseme permitido desembarcar, tuve que volver al extranjero, sin saber a que atribuir ese nuevo rasgo de Almonte que convirtió en destierro decretado por él, lo que sólo fue un acto espontáneo de mi parte, a no ser que me considere comprendido en su famosa ley de 4 de junio que castiga con la deportación a todo el que no acepte los destinos que él quiera darles. Sin las demás notoriedades que justifican su desconcepto, baste este solo hecho, con el que prueba él mismo que no tiene, como no tendrá jamás, cooperadores en la República; imponer penas a los que no admitan los destinos públicos en un país en donde la mayor parte aspira a colocaciones de esta clase ¿hay para qué aducir pruebas más palmarias y palpitantes de todo lo que se ha

dicho al mundo de ese hombre? Siempre los remordimientos fueron el aguijón de todo culpable y Almonte despechado, Almonte puesto en horrible evidencia, Almonte anatematizado, se va dejando arrastrar por la corriente de esos mismos remordimientos.

Las tropas mexicanas, a las órdenes de Márquez, han venido a reducirse a su más ínfima expresión; sea por el hambre o por aversión y, es lo más cierto, a la injustísima causa antinacional que encabeza Almonte; el caso es que en su mayor parte se han desbandado y que el señor Márquez nada en sus manos ha podido conservar hasta hoy; hay en él cierta influencia fatal que todo lo que toca se destruye por sí solo.

He concluido mi tarea; recoja la nación los hechos que humildemente le pongo de manifiesto, que yo sin el menor temor me someto a su fallo. Bajo los números del uno al cinco acompaño toda la correspondencia seguida con el señor don Manuel Doblado; el número seis contiene el pasaporte expedido por Almonte, que prueba que salí del país por mi espontánea voluntad; el número siete la orden suya, dando a este acto voluntario el carácter de un destierro previamente decretado, cuyo oficio recibí a bordo del paquete inglés fondeado en la bahía de Veracruz, suscrito por el jefe que ha puesto allí Almonte para servir de ludibrio a la autoridad francesa que es la que realmente ejerce el mando político y militar y el número ocho es la carta que he citado del general Márquez, que me escribió de Atlixco el mismo día que desapareció del cuartel general para alzarse con la caballería.

Yo no pierdo de vista la causa sacrosanta que hoy sostiene la República de México; allí, donde pasé mis juveniles años y tomé una nacionalidad que me enorgullece, allí, donde están mis más caros recuerdos y mis numerosos amigos que me han seguido desde la guerra de la invasión norteamericana, allí estaré yo alguna vez y no muy tarde, a ofrecer toda mi sangre en las aras sagradas de una patria que adoro como mía y que ardo en deseos de verla libre de amañes extranjeros, próspera, feliz y poderosa.

Saint Thomas, julio 20 de 1862.

José María Cobos

ZULOAGA, DESDE LA HABANA,
TAMBIÉN QUIERE SINCERARSE

Félix Zuloaga, general de división del ejército mexicano,
a sus compatriotas:

Tanto se han adulterado los sucesos que me pusieron en el caso de eliminarme de la grave cuestión que actualmente se agita en la República Mexicana y tanto también han procurado hacer creer los malévolos partidarios de la invasión extranjera para extraviar la opinión y mal encubrir sus miras, que al fin me veo obligado a levantar la voz, sin otro objeto que el de poner de manifiesto la verdad de lo sucedido y dar cuenta a mis conciudadanos de mi conducta pública, desde que destrozado en Calpulalpan el ejército al mando del general Miramón y ocupada sin resistencia la capital de la República por los federales, salí a instancias de numerosos y respetables amigos, a tomar nuevamente en mis manos el plan político que inicié en Tacubaya el 18 de diciembre de 1857 y sostuvo la mayoría de la nación, hasta sucumbir al cabo de una lucha de tres años.

El partido conservador, que representa los intereses verdaderamente nacionales bajo principios basados en el orden, la libertad bien entendida y la religión católica que trajera la civilización al Nuevo Mundo y que ha sido siempre entre los mexicanos el vínculo más sagrado de nuestra unión; el partido conservador, repito, no vio otra cosa en el desastre de Calpulalpan que la pérdida de su fuerza física que le había sostenido en el poder y, alentado más que nunca en medio de su desgracia y de la despiadada persecución que en su contra desplegara la demagogia adueñada a viva fuerza de los destinos del país, buscó y halló bien pronto los medios de organizar nuevas fuerzas que muy en breve pusiéronse en campaña. Yo me presenté en Iguala de Iturbide a los pocos

días y allí las tropas al mando del general Vicario me reconocieron como jefe legítimo del gobierno emanado del ya citado plan de Tacubaya, sucediendo otro tanto con las numerosas fuerzas que en Sierra Gorda mandaba el general Mejía y las del coronel Lozada en el distrito de Tepic.

Yo traté inmediatamente de establecer el gobierno sin desatenderme por ello de la organización del ejército que, aunque numeroso, se hallaba muy repartido y carecía de un centro de donde partieran los movimientos combinados de la campaña; pero esta dificultad quedó vencida a poca costa por la obediencia que todos me prestaron y así dióse principio a una lucha en que a la desproporción numérica suplía el valor heroico, las marchas forzadas y los sufrimientos más inauditos. En la villa del Carbón se me presentó el general don Leonardo Márquez con una corta brigada de caballería que el señor Mejía le confió para que expedicionase fuera de la sierra; nunca tuve de aquel jefe el más favorable concepto, por serme muy conocido su desapego a la disciplina y sabía yo que carecía de popularidad, pues la fama le presentaba bajo condiciones tan desfavorables que, a mi ver, no era posible tuviese adictos, si no es entre cierta clase de hombres cuyos instintos el señor Márquez sabe halagar perfectamente. Sin embargo, se creyó por entonces que era el más a propósito para lidiar con las turbas de los federales, mandados por guerrilleros que habían esparcido el terror y el espanto en los caminos, en los campos y en los pueblos inermes y el señor Márquez obtuvo la misión de batirlos, quedando a su disposición los elementos que en otras manos habrían sido más que sobrados para posesionarse hasta de la misma capital. Nada hizo, todo concluyó bajo su dirección y un ejército tras de otro fueron perdiéndose en las derrotas de Jalatlaco, Huixquilucan, Pachuca, San Luis de la Paz, hasta llegar el caso de que nadie quisiese estar subordinado a un jefe tan desafortunado y de tan escasa inventiva para la guerra. Por supuesto, nada de todo esto era para mí una novedad; yo lo esperaba así desde que, accediendo a los deseos de varios amigos, puse a su disposición los más respetables elementos traídos por el patriotismo y el valor de innumerables adictos a nuestra causa.

Una vez el general Márquez se atrevió a dirigirme un parte falso de una victoria, cuando la necesidad le había obligado levantar el campo y este hecho injustificable no fue posible tolerarlo; por el ministerio respectivo se le hizo una enérgica demostración de desagrado y se le destituyó de un mando que sólo les sirvió para postrarnos ante el enemigo, agotando cuantiosos recursos y enajenándonos las simpatías en todas partes pues, a mayor abundamiento, el carácter de ese jefe es el más a propósito para convertir en enemigos a los amigos más entusiastas y decididos y aun para esto no necesita de mucho tiempo, bástale para conseguirlo pasar de tránsito; su huella se conoce aun a larga distancia; allí, adonde hay desolación y lágrimas, adonde la barbarie se ha cebado en alguna víctima, por allí, sin duda, ha pasado el general don Leonardo Márquez.

Su destitución del mando fue motivo de sinceras manifestaciones; no hubo uno que no la aplaudiera, ni quien dejara de ver en esto un feliz augurio; así sucedió en efecto. Todos los señores generales y jefes del ejército que habían protestado no tomar mando de armas mientras lo tuviese el señor Márquez, acudieron al instante a ofrecer sus servicios, que con gusto fueron admitidos. El general Cobos se recibió del mando en jefe por corresponderle con arreglo a ordenanza; hízose una nueva organización del ejército, en que entraron todos los que se habían separado por serles insoportable el jefe destituido; se formaron algunos cuadros y se eligió el territorio de Izúcar de Matamoros para cantón provisional de nuestras fuerzas; pero allí se hallaba el enemigo y era necesario batirlo, a lo que todos se resolvieron llenos de fe pues considerábanse libres del signo fatal que persigue al señor Márquez y, por consiguiente, se esperaba el triunfo.

No falló tan lisonjera esperanza; el ataque se emprendió doblemente dentro y fuera de la población de Izúcar en la proporción de uno contra dos y la victoria fue el resultado de la batalla en que el enemigo nos dejó dueños de todas sus tropas, artillería y trenes.

No puedo menos, al referir este suceso, que hacer del general Cobos la honorífica mención de que es digno por un hecho de armas tan brillante, obtenido bajo su inmediata dirección. Este bizarro jefe, en

quien se encuentran reunidas todas las circunstancias que caracterizan al militar en las distintas situaciones de la guerra, que de su firmeza en los principios políticos que ha defendido ha dado mil

pruebas irrefragables, pues más de una vez él solo ha permanecido en la liza, después de derrotados unos y retirados de la escena los otros; que ha sabido formarse elementos propios para luchar contra el enemigo y que sus distinguidos servicios jamás han sido interesados, pues es característico su generoso desprendimiento; este general, repito, cambió en muy pocos días la faz de la revolución conservadora, improvisando un respetable personal y material de guerra, fortificando la acción que su carácter sabe imprimir a todo lo que emprende y atrayendo a nuestra enseña el elemento moral que el señor Márquez había destrozado.

Tocábamos al tiempo en que la demagogia calculaba tenernos aniquilados y, llenos de vida y esperanza, nos levantábamos amenazando posesionamos de la ciudad de Puebla, que en lo general nos era adicta; el gobierno de Juárez comprendió su decadente situación y, en vez de intentar una nueva campaña contra la reacción, inició un acomodamiento, escribiéndole sobre esto el licenciado don Manuel Doblado al general Márquez, a quien consideraba aún con el mando. Dícese que este señor abrigó la idea de prestarse a los deseos de aquél pero que la desechó por su aislamiento y falta de partido en el ejército, decidiéndose, por tanto, a darme cuenta de lo que se le escribía e influyendo vivamente con el general Cobos para que dando a Doblado engañosas esperanzas, se tuviese todo el tiempo necesario para superarle en elementos de fuerza armada. Él siguió hecho cargo de semejante negociado; de su letra está el salvoconducto remitido a Doblado para que viniese a nuestro cuartel general y cuanto se hizo fue todo obra suya; de modo que si algo hay que contestar sobre esto, a él, antes que a nadie, corresponde hacerlo.

He bosquejado mis trabajos en la lucha que el partido conservador ha sostenido durante los últimos días contra Juárez; sirva lo dicho de inteligencia a todos mis amigos y al pueblo mexicano que en su mayoría ha deseado y desea aún el triunfo de los buenos principios, porque son los que más se amoldan a su carácter religioso, a sus costumbres tradicionales. Mucho debió hacerse sin la funesta intervención de

Márquez y estábamos a punto de reparar lo perdido, cuando la fuga de este jefe y el haberse llevado con engaño una gran parte de las fuerzas del mando del general Cobos, dio lugar a ocurrencias de carácter muy grave, una de ellas la de quedar destruido el cuerpo de ejército acantonado en el territorio de Izúcar. Voy a ocuparme ahora de don Juan N. Almonte y de la invasión extranjera que le ha llevado a la República, sobre todo lo cual han corrido y publicádose de mala fe, diferentes versiones en que torpemente se ha tratado de inculparme.

Me hallaba en Sierra Gorda cuando me llegaron de la capital las primeras noticias de la llegada a Veracruz de las fuerzas de las tres potencias coligadas, España, Francia e Inglaterra y, con el fin de saber con más prontitud el objeto de su acción combinada sobre México, avancé hasta Ixmiquilpan, donde definitivamente establecí el gobierno; allí recibía todos los días correos de la capital, cuyas correspondencias me pusieron al alcance de cuanto se hacía en Veracruz por los comisarios representantes de dichas potencias. Ya desde antes había llegado a mi conocimiento la Convención de Londres celebrada el 31 de octubre del año anterior, cuyo contenido no era bastante a satisfacer las dudas sobre la genuina interpretación que podría dársele; sin embargo, era de esperarse y así me lo aseguraron las personas más respetables del partido conservador, que su misión, aparte la cuestión de reclamaciones e indemnizaciones por perjuicios ocasionados a sus nacionales, se encaminaría al noble y humanitario objeto de mediar en las diferencias políticas de los mexicanos, para hacer cesar la guerra civil que ha devorado por tantos años a la nación, favoreciendo el sufragio universal de donde brotara un orden de cosas que fuese la libérrima voluntad de la República.

El deseo de la paz, después de tantas discordias, era en aquellos días más vehemente que nunca, pero no se había optado la vía de obtenerla por el personal que, figurándose gobierno elegido, había apelado al terror y a la tiranía para ahogar el sentimiento nacional; no habría sido ese, sin embargo, un obstáculo para alcanzar el inestimable bien de la paz pública; llamados los mexicanos a votaciones de modo que en acto tan solemne hubiese para todos sin excepción la libertad más

completa, ellos no dejarían de concurrir a las urnas y los que no, por no convenir a sus intereses personales, quedarían aislados y sin poder alguno para oponerse al voto de la mayoría. De este modo, fácil era concebir halagüeñas esperanzas respecto del futuro pues que, surgiendo de allí una forma política, legítima expresión de la voluntad nacional, el gobierno que hubiera de constituirse tendría en sí mismo todos los elementos morales y materiales que le hicieran sólido y duradero, contando a mayor abundamiento con el apoyo de la Triple Alianza, ante cuya actitud el germen revolucionario de donde han nacido tantos y tan frecuentes cambios, quedaría del todo destruido y la regeneración política de México hubiera sido en corto tiempo un hecho, debido a la obra santa y civilizadora de la Europa occidental. Aun otras trascendencias de incuestionable interés habría tenido esa protección generosa a la República; allí donde la raza latina está sufriendo constantemente el amago de su absorción por los vecinos del norte por una parte y la persecución de la indígena que representa Juárez por otra, resultando, de una y otra causa, males de mucha monta; allí, repito, consolidado un orden político tal como lo he indicado, desaparecerían tales amagos y robusta, potente nuestra raza en aquella parte de la América, impediría el paso a ambiciones harto manifiestas.

Pero nada de todo esto, por lo que se ansiaba positivamente, resultó de la triple expedición; primeramente se reconoció el poder de Juárez, que al ver de muchos no debió reputarse ni aun como de hecho, porque esto importaba inclinarse en favor de unos y proceder parcialmente, dejando en pie la causa de la guerra civil; en seguida celebráronse los Preliminares de la Soledad y, a poco, divididas las opiniones entre los comisarios regios, por no estar de acuerdo en el espíritu que cada cual quiso dar a la Convención de Londres; rotos además los preliminares por la parte de los representantes de Francia, las tropas de las otras dos naciones se embarcaron, quedando tan sólo la de ésta en la línea de Veracruz a Orizaba.

Había aparecido ya en Veracruz el general don Juan N. Almonte bajo la especial y directa protección de las armas francesas; hablóse de su misión y el conde de Saligny dijo en una de sus cartas diplomáticas que,

habiéndose ofrecido al emperador para traer a los mexicanos palabras de paz y conciliación, su ingreso a la República no tenía otro objeto que éste y, si así en efecto hubiera sido, suponiendo que nada consiguiera, sólo intentarlo le habría sido eternamente honorífico. Yo procuré escribirle para que me hiciese una comunicación franca de su objeto al volver al país, esperando correspondiese a la confianza que tuve de él cuando le nombré ministro plenipotenciario de México cerca de los gobiernos de España y Francia, en cuyo desempeño permaneció todo el tiempo de mi administración y la del general Miramón; pero su contestación retardaba y, habiéndome aproximado para acortar la distancia que nos dividía, recibí su primera carta en la hacienda de San Nicolás, con un plan concebido por él, en que se proclamaba jefe supremo de la nación y me invitaba a que se lo diese yo el primero, sometiéndome con todas las fuerzas que me obedecían. No pude menos de sorprenderme al instruirme de semejante pretensión, que ni aún acertó a encubrir Almonte de alguna manera honrosa; tal vez, tal vez su ceguedad lo llevó hasta el extremo de creer que nada tenía que hacer para conseguir sus fines, que dar órdenes a la nación para ser al instante obedecido, porque esto de no formular un programa, suponiendo que el pudor le obligara a disimular ilegítimas aspiraciones, que no lo hizo y que en vez de eso procediese desde luego a ejercer un mando que nadie le había dado, paréceme tan extraño el modo de pretenderlo como fuera de sentido de parte de un hombre que, nacido en la República y ocupado casi siempre en el servicio público, no comprendo cómo pudo olvidarse de que tal conducta es precisamente la más a propósito para rodar en la opinión, exponiéndose al ridículo, que es lo peor que puede caber sobre un ambicioso.

¿Ya no recuerda Almonte que, presentado como candidato para la presidencia en 1851, perdió por completo la votación tan sólo porque en el acto de las elecciones corría por las calles con los de su familia mendigando votos y ofreciendo a los diversos círculos electorales aceptar indistintamente sus respectivos programas, desde el conservador hasta el rojo exaltado? Se deja entender lo que yo contestaría a su carta. Ya no era Almonte el patriota desinteresado que llevaba a los mexicanos palabras de paz y de conciliación; era el revoltoso, el intrigante que iba a soplar

nuestras discordias para suplantarse en el poder por medio de las bayonetas francesas; el mal ciudadano que había llevado la nacionalidad a ofrecerla a extraños como mercancía sacada a expendio y, finalmente, el desnaturalizado que destruyó con sus enredos todo lo que pudo ser origen de futuro bien para la República.

He aquí la obra de Almonte; si esto es lo que pretendía, conseguido está. ¡Dios y los hombres se lo tomarán en cuenta! No obstante el profundo pesar que me causara ver surgir en nuestras querellas otro elemento más de división, hube de recurrir a toda mi prudencia para argüir a Almonte sobre la inconveniencia de su plan; pues si los que me obedecían habían depositado en mí toda su confianza, no sería yo jamás el que abusase llevándolos a entregar a quien primero se le antojaba proclamarse jefe de la nación; además, la opinión, declarada en favor del Plan de Tacubaya al que Almonte prestó su sumisión, obteniendo un alto encargo para representarle en Europa, me reconocía como jefe legítimo de ese orden político emanado de dicho plan y ante esa parte del pueblo mexicano que me tenía por caudillo y jamás ante un audaz, era adonde me correspondía hacer entrega y dar cuenta de mi alta autoridad llegado el feliz momento por mí ansiado de ver a mi patria constituida.

Háse dicho por la prensa de Orizaba, por la que Almonte se hace defender a costa de las odiosas exacciones que sufre su desgraciado vecindario que, hallándome en Matamoros, llegó a celebrarse un tratado con el gobierno de Juárez, cuando de antemano estaba comprometido a ayudarle en su desatentada empresa. Digo a esto, que es una impostura y que compromiso tal jamás existió respecto de mí; que los franceses fueron rechazados en Puebla porque nuestras fuerzas no concurrieron al ataque, no es cargo que algo pueda importarme mientras sea Almonte quien se permita hacérmelo; él escribió para que situándose en el camino de la capital se recogiesen dispersos, contando como seguro el triunfo de los franceses y, como esto indignara a los que mandaban las tropas reaccionarias, hubo de contestársele negativamente. ¿Qué hay en todo esto de vituperable? Si no es Almonte, de quien la Francia debe quejarse y con justicia, no comprendo por qué trate de culparse a otros que no han tenido ni la más mínima ingerencia en los enredos y bastardos manejos

de un desnaturalizado; que en él ha habido perfidia y ligereza en quienes le creyeron, es cosa que salta a la vista de los menos avisados. Almonte fue a ofrecer su patria y aseguró estar para ello autorizado. ¿Por qué tratándose de tan vital asunto no se le exigieron los poderes que acreditaran su misión y los datos seguros e indudables de que la República enviaba a pedir un príncipe extranjero? Que Almonte resultó a la faz de todo el mundo como un impostor y un traidor; que la Francia cambió su benévola mediación para hacerse invasora tratando de imponer su despótica voluntad a un pueblo libre bajo pretextos fútiles e irrazonables, que la ocasión de constituir a México se ha perdido por ahora merced a tantas y tan inconcebibles torpezas y que tan sólo se ha ido allí a provocar una guerra cuyos horrores y término no es fácil calcular; todo esto no es más que la consecuencia lógica de tamaños desaciertos que Almonte y sus parciales tratan de encubrir para inculpar a quienes, a fuer de patricios y hombres honrados, no quisieron colocarse en la resbaladiza pendiente por donde se ha tratado de llevar a un abismo la soberanía mexicana.

Y como si los alientos de Almonte contagiasen todo lo que le está inmediato, también el general conde de Lorencez, en su parte detallado a su gobierno del malhadado ataque de Puebla, afirma, con una formalidad muy francesa, que estuve comprometido a cooperar a esa operación y que supo después por el general López, que se presentó en su campamento, que se había celebrado con el señor Doblado, ministro de Juárez, un convenio que nos neutralizaba. Si el señor conde, en vez de escuchar y dar crédito a ese general López que menciona, se hubiese detenido un poco en averiguar ante todas cosas la clase de persona que es, estoy cierto de ello, le habría despreciado. López estuvo en nuestras filas, pero ya hacía tiempo que estaba dado de baja por inobediente y cobarde y por varios asaltos a mano armada a las haciendas del sur de Puebla y, cuando fue a presentarse a Almonte, acababa de ser intimado de salir de nuestro cuartel general, so pena de ser fusilado, porque su inmoral conducta le había hecho inadmisibile en ninguna parte. Este es López, a quien dio oídos el conde de Lorencez, así como Almonte fue creído por el

emperador de Francia. ¿Hay para qué decir más en comprobación de la verdad?

Rechazado el ejército francés frente a Puebla emprendió su retirada para Orizaba, sin que esto fuese motivo de desaliento o disgusto en las tropas de la reacción; pues, muy al contrario, se conocía en los semblantes que el orgullo nacional estaba satisfecho. Por esos días se me dijo que el genio fatal, al que tantos daños debemos, Márquez, conspiraba para desconocerme y levantarse con las tropas; yo lo creí, como todo lo que puede esperarse del hombre malo y hubiera tomado una providencia justa, si el señor Cobos, que tanto quiso favorecerlo, no se hubiera interpuesto hasta el grado de ofrecerme sus fianzas. También se me dio noticia de ciertas correspondencias de Almonte con los jefes de los cuerpos, tratando de seducirlos y de hacerles creer que nos habíamos puesto de parte de Doblado o sea del gobierno de Juárez. Márquez fue el instrumento y, por cierto que no podía ser más escogido, pues con tal de verse halagado en sus instintos fieros, ¿qué puede importarle la nacionalidad de México? Lo mismo le daría la noble figura del archiduque Maximiliano que la de Chiavone, el famoso bandolero napolitano.

Pocos días se hizo esperar el resultado de la más horrenda traición: Márquez desaparece y, engañando a los jefes de las caballerías situadas en Chietla y Atlixco, se marcha con ellas hasta Orizaba, señalando su paso, como de costumbre, con los más repugnantes excesos. El general Cobos no bastó a evitar lo que no quiso creer sucedería, fiado en las bajísimas promesas de Márquez; se afectó profundamente y aun llegó a tener la ilusión de que hablando de viva voz a Almonte se obtendría que adoptase otro camino en sentido nacional y que las tropas mexicanas no combatiesen al lado de los franceses. ¡Ilusión! Yo nunca creí otro tanto; Almonte abrigaba una ambición, la de asaltar el poder para entregarlo al extranjero y, mientras hubiese franceses que lo ayudasen, no se detendría ante los cadáveres de sus hermanos, sacrificados a sus perversas miras. Los hechos posteriores prueban que (no) me equivocaba; ahí están, en su proclama por el desastre del Borrego, su salvaje satisfacción, su insensato arroboamiento por la muerte de 400 mexicanos; ese documento es la

fotografía más exacta del hombre por el hombre mismo. Es inútil detenerse en demostrar el crimen confesado tan expresamente por el culpable, con una jactancia que causa horror.

Bien he visto que este ejemplo de abnegación no ha sido comprendido por Almonte, cuya saña ha venido tras de mí hasta el extranjero, amenazada por supuesto con el dolo y la perfidia; pero esto me justifica en vez de perjudicarme, mal puede estimar una buena acción el que reniega del suelo que lo vio nacer, llevándole, en pago de sus beneficios, los horrores de la guerra extranjera. Si esto corresponde bien a las propensiones de su ilegítimo origen; si para realizar su eterno ensueño del poder no se detiene ante esa senda empapada en la sangre de sus compatriotas inmolados a su innoble ambición; si no le impiden el paso los incendios y los brutales excesos que los zuavos dejan tras de sí; si su plan de arbitrios consiste en el papel moneda y los empleados se han de tomar de leva; si, finalmente, sus cooperadores han de ser del tipo de Márquez, Castellanos y López, el general citado en su parte por el conde de Lorencez, grande y hermoso es el destino que le espera; quédese con él sin que nadie se lo envidie y gócele en mala hora si, destituido de todo sentimiento humano, puede ahogar en el fondo de su alma degradada el grito incesante y aterrador de los remordimientos.

Tomada mi resolución de eliminarme, como dejo dicho, para no ser un obstáculo a la defensa nacional, caracterizada como lo estaba ya la invasión francesa, vine a Veracruz para embarcarme por Orizaba, donde sólo estuve unas cuantas horas sin ocuparme de ver para nada al traidor. Ha dicho él y lo ha reproducido su periódico, que me expidió pasaporte y me hizo escoltar; uno y otro es falsísimo. Verdad es que tomé una escolta de la caballería del general Cobos, de gente escogida y de confianza, más que por los riesgos del camino, por marchar a cubierto de un atentado de Márquez, que salía a la vez que yo.

No puedo terminar mi manifiesto sin tributar un justo homenaje de gratitud a los señores generales Andrade, Benavides, Liceaga, Acebal y Herrán y coroneles Gayoso y Méndez y demás jefes de cuya digna conducta en todo el tiempo que estuvieron a mis órdenes, estoy altamente satisfecho; cónstame que su compromiso de opinión, en nada se roza con

la guerra de invasión pues, sobre esto, individualmente, me hicieron una respetuosa exposición para que les dejase en entera libertad de hacer lo que le dictase el deber y el patriotismo. Digo otro tanto respecto de mis numerosos amigos de México, Puebla, Querétaro, Guadalajara y demás poblaciones que me han sido adictas. Haga cada cual todo aquello que pueda en defensa de su patria y del hogar, aplazando diferencias de familia para cuando el enemigo común deje libre nuestro suelo; acudan todos a la liza, que si se pierden las poblaciones, hay desfiladeros, montañas agrestes, barrancos e inmensos desiertos que, transformados en vastos campamentos, serán un refugio segurísimo para la nacionalidad y un duelo a muerte e imponente contra el invasor, que, mientras más la lucha se prolongue, más seguro será el triunfo.

A las armas todos; a las armas, mexicanos de todos los partidos; agrupaos en derredor de nuestro pabellón y guerra sin descanso ni cuartel a los odiosos invasores hasta expelerlos de nuestro suelo. Apresuraos y tened fe en la justicia y el derecho, probando una vez más al mundo que os contempla en esta lucha heroica del débil contra el fuerte, que no es ni será nunca más bravo un soldado de Crimea y Solferino que otro de Palo Alto, la Resaca, la Angostura y Churubusco; franceses fueron los que con el conde Raousset Boulbon invadieron el territorio de Guaymas y mexicanos los que con la vida les hicieron pagar su temerario atentado; ánimo y no os arredre el número, que si son muchos, muchos son también nuestros valles para sepultarlos. A las armas, en nombre de nuestros mártires, de Hidalgo e Iturbide, de Frontera, León, Peñúñuri, Xicotencatl y tantos y tantos héroes inmortalizados en nuestra historia; sea el postrer suspiro para la patria, la última maldición para el traidor.

La Habana, 1º de agosto de 1862.

Félix Zuloaga

LOS TIRANOS NO CONOCEN MAS LEY QUE LA FUERZA,
DICE ZARAGOZA

Acatzingo, julio 20 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Agradezco a usted mucho que me haya remitido mis encargos y mucho también algunos víveres, porque francamente ya no sé qué hacer.

Aun cuando el gobierno le haya retirado la orden para tomar vestuario, cuando éste venga aquí, yo lo tendré a usted presente y lo atenderé según las circunstancias.

El objeto que he llevado al pedir a usted el decreto consabido, es examinar si Veracruz y Tlaxcala han satisfecho lo que les corresponde, pero ciertamente ahora me parece ya inoportuna su ejecución, principalmente en Puebla que tanto nos ha dado.

Debemos estimar en poco todo lo que se diga de Europa y a nosotros nos importa mucho prepararnos para una lucha formidable, porque los tiranos no conocen más ley que la fuerza y la opresión y sólo la potencia de las armas puede desengañarlos.

Entiendo que no es exacto que el convoy haya llegado a Córdoba, pues hasta el día 14 apenas había tocado Paso Ancho.

Quedo impuesto de que Lara no vendrá hasta el lunes con los víveres que usted pueda darle.

Tovar me dice que ha mandado a usted dos ejemplares de cada número de la *Idea del Ejército*¹⁴ y me encarga que le haga usted favor de mandarle la caja de entredós y cinco resmas de papel cuádruple para la imprenta, así como también dos escudos de águila, para tirar algunos pasaportes.

Consérvese usted bueno y cuente siempre con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

¹⁴ Periódico de orientación que se publicaba en el Ejército de Oriente.

LE LLEGA ESCASO VESTUARIO
A ZARAGOZA

Acatzingo, julio 22 de 1862

Ciudadano general Ignacio Mejía
Puebla

Estimado amigo y compañero:

Con los encargos que usted se sirvió mandarme, recibí también una orden de 350 cargas de cebada contra la hacienda de San Antonio Limón, que he mandado ya cobrar y se extenderá al interesado el correspondiente justificante.

Ojalá y sea cierta la reocupación de Tuxpan por nuestras fuerzas, pues así se volverá a estrechar más todavía el círculo de los enemigos.

El vestuario que ha venido es tan poco, que no hallo ni cómo distribuirlo: son 1,000 calzoncillos, 1,000 camisas y 1,000 capotes; veré lo que puedo darle.

Mandaré para los piquetes lo que les corresponda en este prorrato; pero hágame favor de tener presente que con sólo eso no podrán vivir y que siempre necesitarán los auxilios de usted.

Mucho me ha podido saber que, a pesar de las órdenes que usted ha librado, las autoridades del Zacapoaxtla y Tlatlautli no las hayan cumplido, demorando así la reposición del 6° batallón de Puebla; yo he deseado siempre ser deferente con usted y llevar la mejor armonía, pero, si las mencionadas autoridades siguen con morosidad, impelido por las necesidades públicas, me veré en el caso de dictar providencias que los obliguen a ser puntuales.

Disimúleme usted mi franqueza y cuente con el afecto de su amigo y compañero que lo aprecia.

Ignacio Zaragoza

Hágame usted el favor de mandarme 500 pesos de cigarro corriente para la tropa, procurando hacer empeños porque vengan en los carros que trae Lara.

EL GENERAL PATONI AVANZA
CON LA BRIGADA DE DURANGO Y CHIHUAHUA

Zacatecas, julio 23 de 1862

Señor don Benito Juárez
México

Muy señor mío y amigo de mi aprecio:

Por el conducto respectivo di parte a usted de mi llegada a esta capital con el resto de la brigada de Durango y de haberseme incorporado 400 hombres del estado de Chihuahua.

Indudablemente no podría continuar mi marcha, si el señor Cosío no me facilitase \$5,000.00 que me ha ofrecido, pues como comuniqué a usted desde Durango por extraordinario, de aquel estado sólo saqué haberes para 15 días.

Mi salida de aquí la haré el 26 por tener que cambiar el tren de carros que traía por otro más ligero, y que revisar el parque que temo se me haya mojado alguno.

Si usted no tiene la bondad de mandar se me auxilie en Guanajuato u otro punto del tránsito con algunos recursos, no sabré qué hacer para poder llegar, porque los \$5,000 que de aquí saqué, sólo bastarán para socorrer diez días a la tropa.

La fuerza de Chihuahua traía haberes para 40 días, pero ha tenido que perder algunos y lo que le queda en caja ya no le es suficiente para llegar; esto aumenta las necesidades.

No puedo decir a usted el número de días que haré en el camino hasta esa capital, porque esto depende del estado en que le encuentre; actualmente sé, se halla muy pesado por la abundancia de las aguas. De

todas las poblaciones que vaya tocando, escribiré a usted para tenerlo al tanto de lo que avance.

Tengo el honor de repetirme de usted afectísimo amigo y seguro servidor q. b. s. m.

José María Patoni

(Nota autógrafa de Juárez)

Supongo que Cosío le había entregado los 5 mil pesos, pues se le tenía recomendado.

Que avise si no recibe otras sumas en su tránsito para situarle fondos en Guanajuato.

SALIGNY SE SOLAZA CON LA APROBACIÓN
DE SU PROCEDER POR EL GOBIERNO FRANCÉS

Orizaba, 23 de julio de 1862

Señor ministro de Relaciones Exteriores
(París)

Acabo de recibir el despacho que vuestra excelencia me hizo el honor de dirigirme el 31 de mayo bajo la dirección política número nueve y quiero aprovechar el correo que parte hoy en la mañana para acusarle recibo.

La actitud tomada desde el principio por los representantes de Inglaterra y de España era de naturaleza a hacer presentir los lamentables resultados que se producirían después.

Era evidente, en efecto, para los ojos menos clarividentes, que los plenipotenciarios del emperador rehusarían, como era su deber, a prestarse a los esfuerzos intentados por sus colegas con el propósito deliberado de desviar la expedición combinada de su verdadero fin y hacerla servir a objetivos diametralmente opuestos tanto al espíritu como a la letra de la convención de 31 de octubre de 1861; era evidente pues que el acuerdo no podría ser mantenido por mucho tiempo. Se comprende entonces que el gobierno del emperador haya estado más afligido que sorprendido, al saber la ruptura acaecida entre los plenipotenciarios de las tres cortes.

El almirante Jurien de la Gravière y yo, lamentamos profundamente los incidentes personales surgidos en la última conferencia y, no habiendo podido lograr encerrar la discusión en el círculo de los graves intereses que habían traído a la expedición combinada, hubiéramos querido al menos que estos incidentes no

hubiesen figurado en el acta de esta sesión. Pero nuestros deseos al respecto chocaron contra el partido tomado por los representantes de Inglaterra y España. Si lo que ha pasado puede hacer suponer que intereses particulares han podido en cualquier momento preocupar a los plenipotenciarios de las tres cortes, la lectura del acta de la sesión del 9 de abril, aunque ésta no sea ni del todo completa, ni de una exactitud absoluta, bastará para demostrar que no es a los representantes de Francia a quienes se podrá aplicar una suposición tal.

Estoy feliz, señor ministro, de la aprobación dada por vuestra excelencia a los términos de la declaración que, de acuerdo con el almirante Jurien de la Gravière, dirigí el 16 de abril al pueblo mexicano. Cualquiera que deba ser la marcha de las cosas, el gobierno del emperador puede estar seguro del cuidado escrupuloso que pondré en mantenerme en el terreno en que nos hemos colocado por esta declaración.

Penetrado de las instrucciones que contiene el despacho de vuestra excelencia, continuaré, como en el pasado, encerrado en el papel distinto que se me ha claramente trazado para los intereses confiados a mi cuidado y evitando confundir mi responsabilidad con la del general Almonte o de cualquier otro personaje llamado a tomar parte en los acontecimientos interiores de México.

Parece que Zuloaga, de quien le anuncié a su debido tiempo su salida para La Habana, acaba de dirigir a la reina Isabel una especie de memoria o de súplica para ofrecer a un príncipe o a una princesa de la familia reinante de España el trono de México. Se deberá relacionar con el mismo asunto una visita hecha por Cobos a Santa Anna en su retiro de Saint Thomas.

Se dice que Cobos, después de haber fracasado en las gestiones que había sido encargado de hacer al respecto ante Santa Anna, regresó a Veracruz en el último paquebote inglés con los generales (Casimiro) Acebal y (Rafael) Benavides, pero, por orden del general Almonte, se vieron obligados a reembarcarse los tres inmediatamente.

Se asegura, por otra parte, que Miramón es esperado muy próximamente en Veracruz. Su regreso en las circunstancias actuales y con las intenciones que se le atribuyen, sería una nueva causa de dificultades y de molestias y es probable que no se le permitiera desembarcar.

Alphonse Dubois de Saligny

FRÍA ACTITUD
DEL GOBIERNO ESPAÑOL

Señor secretario de la misión diplomática
de España en México

La reina, nuestra señora, se ha enterado del despacho reservado de vuestra señoría [V. S.] número 35, de 11 de julio próximo pasado, en el que comunica las últimas noticias políticas y remite varios documentos, entre ellos copia del tratado celebrado por el plenipotenciario inglés con esa República y del proyecto de tratado con España.

Como V. S. comprenderá, una vez retirado el proyecto es inútil hacer observaciones acerca de su contenido, pero conviene haga entender que no son explicaciones sino satisfacción por la expulsión del embajador de su majestad [S. M.] lo que reclama el gobierno de la reina y que no puede consistir aquélla más que en la declaración de haber sido un error hijo de las circunstancias y en el cual no influyó el deseo de inferir la más leve ofensa a S. M. y a la nación española.

El artículo 14 es contrario a todo lo que el gobierno de la reina tiene derecho a esperar y por este orden son algunas otras disposiciones que demuestran que el general Doblado y el gobierno de que forma parte, no tiene la disposición que había anunciado de satisfacer ampliamente las reclamaciones del gobierno de la reina.

De Real orden lo digo a V. S. para su conocimiento, debiendo arreglar su conducta a las instrucciones que se le han comunicado anteriormente.

Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid, 24 de julio de 1862.

Saturnino Calderón Collantes

SE INFORMA A JUÁREZ
DE LA RECUPERACIÓN DE TUXPAN

Jalapa, 24 de julio de 1862

Señor Presidente de la República
don Benito Juárez

Apreciable señor y amigo mío:

Tengo el gusto de acompañar a usted copia de una carta que (he) recibido del jefe político de Papantla, acerca de los últimos sucesos ocurridos en Tuxpan.¹⁵ Su contenido causará a usted satisfacción cuando vea el patriotismo y la decisión de que han dado muestras los hijos de la costa de Barlovento al solo amago de una invasión por parte de los traidores. A mí me ha sido muy grata la conducta de aquellos pueblos y cada vez abrigo mayores esperanzas de que unidos contribuyan a conservar ilesa nuestra independencia y a sostener al Supremo Gobierno.

Deseando a usted buena salud me repito a sus órdenes, muy afectísimo amigo y s. s.

José Juan de Landero

Aumento:

Estoy en espera de que me diga el ministerio qué fuerza le parece que quede en Tuxpan. Entiendo que es conveniente que permanezca alguna

¹⁵ Se reproduce ese documento en este tomo.

de guarnición, porque se aproximan por allí buques sospechosos que podrán ser los bloqueadores, pero que también puede ser alguna que lleve algún refuerzo.

LÓPEZ URAGA PROVOCA
PROBLEMAS EN JALISCO

Guadalajara, julio 24 de 1862

Señor Presidente don Benito Juárez

Muy apreciable amigo y señor:

Ya en mis cartas anteriores manifesté a usted las gravísimas dificultades en que me ha puesto la venida del señor (López) Uruga con los oficiales que trajo, dificultades que a fuerza de trabajo y de eficacia he conseguido disminuir, pero que pueden, todavía, causarle al gobierno algunos disgustos, porque los liberales que no están conformes con la permanencia de esos señores en el estado, explotan el espíritu de intolerancia que domina aquí, en contra de los que alguna vez han servido a la reacción, propagan especies alarmantes, hasta que se desconfíe del señor (López) Uruga y hacen cuanto pueden hacer con las fuerzas que hay aquí (para que) no estén contentas.

Queriendo evitar que en el estado se entronizara la anarquía, cuando el coronel Rojas se largó de aquí, bastante prevenido, procuré sofocar todos los síntomas de desorden que ya aparecían; pero se ha formado una especie de rivalidad, que convengo¹⁶ en destruir.

Yo desearía que usted, informado bien de lo que por acá está pasando, dictara las providencias convenientes para que en Jalisco se afianzara la paz.

Le aseguro a usted que en estos días he sufrido más que nunca, pues muchos liberales que no se conforman con que el señor (López)

¹⁶ Dudoso en el manuscrito.

Uraga esté aquí, aunque me obedecen, con sus censuras están desprestigiándome y haciéndome aparecer sospechoso ante el mismo partido progresista al que pertenezco, sólo porque, confiado en las órdenes del gobierno, entregué el mando de las fuerzas a aquel jefe.

Todo esto que le comunico reservadamente, le servirá para normar su conducta cuando se ocupe de este estado.

Su afectísimo amigo y servidor que sinceramente lo aprecia y b. s. m.

Pedro Ogazón

MUERE UN CUÑADO DE JUÁREZ

Oaxaca, julio 25 de 1862

Señor Presidente de la República,
licenciado don Benito Juárez
México

Señor y amigo mío:

Son estos días de pena y aflicción para usted y su muy apreciable familia, pues el correo que trajo la triste noticia del fallecimiento de una niñita de usted, llevará la de la muerte de Antonio Maza.¹⁷

Los acompaño con mi dolorosa simpatía y suplico a usted que se digne aceptarlo y con mis respetos, hacerla presente a la señora doña Margarita.

Soy de usted como siempre leal y adicto amigo, atento y seguro servidor.

Justo Benítez

¹⁷ Hermano de la esposa de Juárez que vivía en Oaxaca.

MONTLUC ENTREVISTA A FOREY EN PARÍS

París, 28 de julio de 1862

(Señor Manuel Doblado)

Excelentísimo señor:

Estando todavía el emperador en Vichy y siendo el general de división Forey el comandante en jefe de todas las fuerzas que van a México, con los poderes más ilimitados y, por cuanto he considerado que es de la mayor importancia que este general conozca las intenciones que manifiesta la nota de vuestra excelencia de 9 de junio, me dirigí ayer, a las nueve de la mañana y, aventurándolo todo, a su domicilio, en donde me dijeron que precisamente acababa de salir para Cherburgo; pero que, apresurándome, le encontraría en la estación de ferrocarril.

Me dirigí allí efectivamente y después de cerciorarme de que el general no partiría sino hasta las once y veinte y como notara que era casi imposible hablarle, como no fuera durante algunos minutos, me decidí a escribirle estas palabras en mi tarjeta:

Estación de San Lázaro, a las diez y veinte

El cónsul general de México desearía tener el honor de comunicar al general Forey un despacho recibido ayer del gobierno de México; pero llegó muy tarde a su residencia. El señor Montluc no puede por menos de hacer votos porque, a su llegada a México, el general estime útil el reanudar negociaciones que, poniendo a salvo el honor y la dignidad de Francia, economicen las mayores pérdidas a los dos países.

Saludos de estilo y firma, todo con lápiz.

Hice que uno de sus edecanes le entregara esta tarjeta frente a los vagones, donde estaba, en medio de su Estado Mayor, del general Bazaine y de otros; Mr. Forey se aproximó y, tomándole mi tarjeta de las manos, leyó su contenido, añadiendo que, al recibir las noticias de Puebla, había creído, en mi calidad de antiguo cónsul francés, que era de mi deber hacer conocer al emperador toda la verdad de los hechos; que deploraba con toda mi alma los informes falsos y exagerados que habían conducido a los dos países a ese estado de hostilidades.

(Mr. de Montluc añadió que esperaba que el general Forey tendría la fortuna de volver a abrir las negociaciones. En seguida habló de la desagradable intrusión de Almonte).¹⁸

A esto, el general Forey respondió:

Pero el general Almonte no tiene papel alguno que desempeñar en esta expedición; se ha apresurado mucho a tomar una actitud activa.

A lo cual repliqué:

Esas palabras de usted, general, me llenan de placer... soy francés; deseo ver muy alto el pabellón de mi país, pero cumplo un deber haciendo observar que el señor Almonte es un diplomático que ha estado mucho tiempo lejos de su país, al cual no conoce y que ha inducido a error a S. M.; carece de crédito para lo sucesivo.

(Al subir al vagón, el general Forey saludó a Mr. de Montluc y pronunció las siguientes palabras:

¹⁸ No hemos podido localizar el original de esta carta, ateniéndonos a la obra titulada *Correspondencia de Juárez y Montluc*, editada por Ángel Pola. Es notorio que en las partes entre paréntesis el traductor cambió el texto, olvidando que debía hablar en primera persona.

Agradezco a usted sus informes, señor)

(Armand Montluc)